3 1761 07514868 4

LS
P.2265k

EMILIA PARDO BAZÁN

# Lecciones de Literatura

98903
12/10/49

EDITORIAL IBERO-AMERICANA

MADRID
*Desengaño, 9, 11 y 13*
LIBRERIA

BARCELONA
*Calle Valencia, 209*
BAJOS

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

# A MANERA DE PRÓLOGO

---

# LA ESCRITORA

---

Grande ánimo es menester en todas partes y muy particularmente en España para lanzarse «al estadio de las letras.» Bajar á esa arena es exponerse á todo género de ataques, desde la injuria soez hasta la traicionera calumnia. En cualquier otra profesión hay emulaciones más ó menos nobles, odios y envidias, provocados, en parte, por la ruindad humana, por los efectos naturales, en parte, de la lucha por la existencia. En la democrática república de nuestras letras, aquellas pasiones suelen combinarse con una grosería verda-

deramente tabernaria. A lo mejor un *quidam*, cuyo instrumento de trabajo es el sable, su campo de operaciones la calle de Sevilla y su musa la patata en forma de aguardiente, coge la pluma, y con un desenfado que corre parejas con su ignorancia ó su mala educación, la emprende á puñadas y á coces lo mismo contra sus cofrades de borrachera que contra los escritores más dignos de respeto. Para tales vividores no hay fama legítima, ni honra, ni laboriosidad, ni talento, ni inspiración, ni nada... Es natural: en los sótanos del edificio literario, como en los de todo gran edificio, abundan las sabandijas.

Hablando de estas cosas, decía Dumas (hijo) en el prólogo de una de sus obras (me parece que *El hijo natural*), sobre poco más ó menos lo siguiente: «Hablemos en plata, aun á riesgo de que nos apedreen: después de todo, algo de martirio no es cosa que debe desdeñarse. Cuando el trabajo del ingenio no es la más noble entre todas las profesiones, es el más vil de todos los oficios. La desesperación, el odio, la envidia, la miseria, la duda, el vicio y la demencia encuéntranse al cabo y á veces en medio de ese camino desprecia-

ble, en el cual la concurrencia reemplaza á la emulación, la popularidad falsifica la gloria y el dinero es el fin supremo, la disipación espuela, la embriaguez musa».

Si aun para los hombres de buen temple emprender la carrera literaria es como bajar á las fieras—según la frase de Balzac,—para una señora es algo más: es la mayor de las heroicidades. Otra mujer que no fuese la autora de *La cuestión palpitante*, hubiérase detenido ante el humbral del susodicho edificio, y con justificada timidez habría privado á España de las obras con que la insigne escritora ha enriquecido las letras patrias.

No ha sido así, por fortuna D.ª Emilia es paisana de María Pita, lo que quiere decir que su corazón es tan esforzado como poderosa su inteligencia, y sin fijar atención poca ni mucha en los gritos de la envidia ni en las groserías de la mala educación, sigue imperturbable su camino, cultivando siempre con acierto los más distinguidos géneros literarios y deleitando con los frutos de su ingenio, no sólo á los lectores españoles, sino á los lectores de las naciones extranjeras.

Porque la Sra. Pardo Bazán es de los pocos escritores contemporáneos cuyas obras pasan la frontera. De alguna de sus novelas, *Bucolica*, por ejemplo, joya de inapreciable valor, se han hecho no sé cuántas traducciones, y muchos de sus artículos andan por revistas y periódicos extranjeros, acompañados de justos y grandes encarecimientos.

El renombre de la escritora gallega fué obra de muy pocos años: puede decirse que D.ª Emilia llegó y venció.

*
* *

Quince años hace que los lectores de *La Epoca* leían con creciente admiración y constante interés una serie de artículos, en los cuales, bajo el epígrafe de «La cuestión palpitante», se estudiaba con penetrante sentido crítico, abundante copia de erudición, elegante estilo y castizo lenguaje, la *tesis* literaria que por entonces apasionaba á los franceses y que aquí, donde las modas están siempre un poco retrasadas, apenas era conocida de las contadas personas que entre nosotros siguen con al-

gún cuidado el movimiento de la literatura extranjera.

Como todo el mundo sabe, la cuestión palpitante era la cuestión del *naturalismo*. La autora de aquellos notabilísimos artículos mostró el verdadero sentido de la nueva corriente literaria, fijó su abolengo y destruyó muchos de los prejuicios de los que hablaban del naturalismo como el estudiante del cuento hablaba del *arquitrabe*. ¿Quién era esta escritora que empezaba por donde suelen acabar insignes literatos? El gran público no la conocía. Pocos meses después el nombre de D.ª Emilia Pardo Bazán era estimado y ensalzado como uno de los más ilustres de la literatura contemporánea.

No quedaron defraudadas las esperanzas que hicieron concebir tales comienzos. En 1886, tres años después de la publicación en *La Epoca* de «La cuestión palpitante», el traductor francés de esta obra, M. Alberto Sabine, escribía las siguientes frases: «D.ª Emilia Pardo Bazán se cuenta en el número de los primeros autores peninsulares. En pocos años ha tratado muy varios asuntos: novela, crítica, historia literaria, hagiología y crítica científi-

ca. Sus dotes más preciosas de escritora son sin duda alguna la admirable claridad de su inteligencia, la soltura y brillantez del lenguaje y el nervio y color del estilo».

Tan exacto como conciso es el juicio del escritor francés. La facultad sobresaliente del espíritu de la Sra. Pardo Bazán, es el entendimiento, el *legere intus;* el ver con asombrosa claridad lo que las cosas son, el percibir sin esfuerzo aparente esas sutiles relaciones que pasan inadvertidas aun para muchas inteligencias nada vulgares. Escritores hay de más inventiva y de más sensibilidad que la autora de *Bucólica*, pero ninguno de los modernos le aventaja en el don feliz de comprender y copiar la realidad. La Sra. Pardo Bazán no inventa. Sus mejores cuentos («El indulto», «El nieto del Cid», «Un diplomático»), son *sucedidos*. Los personajes de sus novelas han vivido; bajo su nombre novelesco no es difícil entrever el nombre verdadero, como bajo el de Marineda se adivina el de La Coruña. Juan Rojo, el lúgubre protagonista de *La piedra angular*, el Segundo García, del *Cisne de Villamarta*, Camilo y Maripepa, de *Bucólica*, la heroína de

*Morriña*, y todos, en fin, los hombres y mujeres que pueblan la ya larga serie de novelas de la eminente escritora, son retratos fielmente copiados de personajes reales, personas de carne y hueso.

No se crea que el copiar del natural vale menos que inventar. Cuando la copia recoge y hace resaltar lo característico de lo copiado, cuando logra comunicar su expresión adecuada y su significación propia, el artista ha realizado la misión más noble y más difícil del arte. En rigor, no hay en arte inventores: hay *idealizadores*, embellecedores de la realidad; pero al través de sus obras embellecidas se pueden ver los modelos; las *Madonas* de Rafael—el más ideal de los pintores—son retratos de la Fornarina.

D.ª Emilia no pretende embellecer ni idealizar á sus personajes; pretende pintarlos como son; sigue en literatura el procedimiento que en el arte pictórico siguió Velázquez, y en esto estriba su naturalismo. Es naturalista, puesto que copia del natural, pero sin incurrir jamás en los extravíos en que incurrieron siguiendo ó exagerando los procedimientos naturalistas los discípulos del maestro de Medan, ni las huellas

de los novelistas españoles antiguos, entre los cuales se distinguió, tanto por su talento como por su desenfado, la célebre D.ª María de Zayas.

*
* *

Los que sacando de quicio la teoría de Taine creen á pies juntillas que la obra artística es un producto del medio ambiente, encontrarán en las obras de la Sra. Pardo Bazán una refutación de la susodicha teoría. La vaguedad, la melancolía de Galicia, á la que Carracido aplicó parafraseándolo lo que aquel gran crítico escribiera de la pintura en los Países Bajos, no asoman por ninguna parte en los libros de la autora de *Morriña*.

Si no conociéramos la patria de la insigne escritora, creeríamos que había nacido en Castilla. Nada de nebulosidades, nada de enervantes tristezas. La musa de la Sra. Pardo Bazán no es histérica, plañidera, sino robusta matrona de ojos enjutos, fuerte y sana. La claridad, que como alguien ha dicho es el barniz de los grandes escritores, brilla en todas las obras de doña

Emilia. Su estilo es—perdóneseme lo vulgar de la comparación—semejante á agua transparente, al través de la cual se ven hasta los granos de arena del cauce, y en cuya superficie se retratan fielmente árboles y plantas, flores y hierbas, montes y cielos.

A esta claridad del estilo corresponde la soltura del lenguaje, su galanura española, su exactitud, su aire castizo. La Sra. Pardo Bazán es, sin duda alguna, uno de los escritores que mejor escriben la lengua castellana.

ZEDA

---

# Lecciones de Literatura

## LA CRÍTICA MODERNA EN FRANCIA

No me canso de repetir, señores, que al estudiar la literatura contemporánea francesa me he visto obligada, por el escaso número de lecciones de que consta el curso, á prescindir de varios aspectos de esta literatura riquísima, que tanto ha influído y sigue influyendo en la nuestra. Así, por ejemplo, he omitido la filosofía. Es de advertir que los filósofos franceses del presente siglo pertenecen á las letras, por su forma clara, delicada y elegante; son, en su mayoría, verdaderos literatos, que toman por asunto el pensamiento, y si su importancia en los dominios de lo es-

peculativo no puede compararse á la de los filósoos alemanes, y menos á la de los escolásticos ó á la de los clásicos griegos, es, en cambio, considerable en el arte. Es propio de las épocas de gran cultura que se enlacen y compenetren todas las manifestaciones de la actividad del espíritu, y en Francia, en el presente siglo, no se desmintió esta ley. Los poetas, los autores dramáticos y los novelistas aparecen impregnados de ideas filosóficas. Y los filósofos hacen muy á menudo obra de artistas, sugestiva y emocional. Por eso tienen derecho plenísimo á figurar en la historia de la literatura.

Obligada á reducir al espacio de las lecciones que pude explicar el estudio del período romántico, he elegido para esta última, á título de transición, el asunto de la crítica, no ya la del período romántico, sino también la del actual, toda vez que al reseñar las luchas del romanticismo y su decadencia, hemos tenido ocasión de historiar los dos grandes episodios estéticos promovidos por el manifiesto-prólogo de *Cronwell* y por el motivo del estreno de *Hernani*, así como las disidencias de la escuela de Gautier, y la insensible

evolución del lirismo, hasta pasar de la poesía á la novela. De este flujo y reflujo de ideas y doctrinas se nutrió la crítica, cada día más viva, como que hoy en Francia lo señorea y abarca todo.

Mas antes de reseñar el movimiento crítico, he de decir algo que guarda relación con el espíritu de las lecciones á que me habéis dispensado la honra de asistir.

Se habrá observado en ellas que no otorgué preeminencias á ningún género literario, y siempre antepuse al género el individuo. La estricta división por géneros podría prestar á mi trabajo unidad ormal, pero estorbando, á mi parecer, la vista real de su obgeto. Sería cómodo tomar tres ó cuatro géneros—la dramática, la lírica, la crítica, la novela—y seguirlos en sus vicisitudes, y sería lucido compararlos, mostrando la caducidad del uno cuando reverdece el otro. He renunciado á esta ventaja porque, sin desdeñar la retórica, pensando, al contrario, con Brunetière, que es un muerto que convendría resucitar; estimando las clasificaciones por su utilidad práctica y por la luz que proyectan; creyéndolas funda-

das en verdaderas relaciones y diferencias de las obras de arte, no puedo persuadirme á que esas diferencias sean algo sustancial: soy nominalista en literatura. Géneros enteros han caducado, mejor dicho, se han disuelto y reincorporado después á otros, y si pudiesen verse con su nueva forma, no se conocerían. ¿Qué diría, por ejemplo, Torcuato Tasso al saber que la epopeya, el género semi-divino ha transmigrado á la novela? De la novela misma han sucumbido numerosas variedades: la novela de caballerías, la novela pastoril, la novela histórica, como han fenecido también la tragedia, el auto sacramental, el romance popular y otras formas literarias que tienen un pasado glorioso. Yo no creo que esté agonizando la poesía rimada, pero hay quien lo asegura; si admitimos por un instante la hipótesis, si los poetas que se valen de la rima quedasen relegados á la sección de arqueología, ¡qué cambio y qué vacío en los tratados de retórica, qué simplificación en los géneros!

En sustancia, no hay novelistas, autores dramáticos ni poetas líricos; hay hombres capaces de expresar la belleza por medios literarios. A vivir hoy el

Tasso, ¿quien duda que no escribiría las dos *Jerusalem* ni su *Aminta?* Cierto que también podemos afirmar que no escribiría las novelas de Verga ni las *Odas bárbaras* de Carducci; pero acaso la melancolía de su carácter y la peculiar contestura de su mente podrían sugerirle cantos parecidos á los de Leopardi.

Aun concediendo que los géneros fuesen algo consustancial al principio del arte, no siempre es un mismo género el que revela en épocas distintas la vitalidad y la esencia de una literatura. Hay un espíritu literario que, como el espíritu de Dios, sopla donde quiere, y si á veces su hálito ardiente inflama la lírica ó la novela, otras pueden incendiar la elocuencia, la historia y hasta la crítica. Lo que realmente significan ciertas palabras misteriosas, que enfáticamente pronunciamos—el numen, la inspiración, el estro,—no es cosa que esté vinculada á la poesía, ni menos á la prosa que suele llamarse de creación y de imaginación; un estudio crítico puede ser más inspirado que una novela, y un artículo de un periódico diario revelar más estro que una oda. Como que numen, estro, inspiración,

genio y originalidad no son más que expresiones de la vida, y á las obras que viven es á lo que debemos ir derechos, como la flecha al blanco.

¿De qué manera se comprueba la vida en las obras literarias? ¿Es cosa demostrable, ó que sólo puede sentirse; algo inefable, por decirlo así? Este problema plantea el del valor de la crítica, y nos trae de la mano á reseñar los sistemas críticos modernos en Francia, que nacieron bajo el yugo y sometidos al compás del clasicismo, y que, por virtud de la emancipación romántica, han llegado á confundirse con el arte creador.

Desde que el famoso y denigrado La Harpe dió su curso de literatura en el Liceo, Francia ha visto surgir grandes críticos, y los ha escuchado atentamente, como si en esa forma literaria tan racional encontrase reflejados sus anhelos de comprensión y asimilación, su finura de gusto.

Abel Francisco Villemain, antes que Hipólito Taine, adornó la crítica con las galas de la historia, con las revelaciones de la biografía, con los encantos de la invención imaginativa, á estilo de zahorí que hiere con su vara allí

donde la viva fuente brota. El fué el primero que despojó á la crítica de las disciplinas y del sayo de austeros pliegues, y la convirtió en maga, en soñadora y en amabilísima é ingeniosa narradora. Sólo que Villemain, en la cátedra donde explicaba un método que le permitía desplegar y lucir sus brillantes facultades, no erigía este método en sistema: el hacerlo estaba reservado á Taine, con sus conocidas y rígidas fórmulas de *la raza*, del *medio* y del *momento;* aplicando á la filosofía del arte principios con que Darwin removió de arriba abajo la filosofía de la naturaleza.

Según Taine, es la obra de arte resultado fatal de las condiciones que presiden á su génesis y desenvolvimiento; modificadas esas condiciones, la obra de arte—cuadro, estatua, sinfonía ó poema—se modifica también por un efecto mecánico. Por lo demás, la obra de arte no nos importa en sí; nos importa en cuanto revela y desentraña á su autor, como la huella fósil de la concha revela el organismo del animal. «¿A qué—pregunta Taine—estudiáis la concha fósil, como no sea para representaros el ser que encerra-

ba?» De la misma manera, el documento—ya sabemos que Taine llama *documento* á la obra de arte—se estudia á fin de conocer el hombre. Quien estudie el documento por el documento mismo, es juguete de una fantasmagoría de biblioteca. El caso es buscar al hombre detrás de su obra, inquirir su familia, su raza, sus hábitos, sus manías, su temperamento, su complexión física; transportarse á la época en que vivió, penetrarse de las ideas religiosas y morales, de las costumbres y usos, de cuanto distingue y caracteriza á un período, y con la clave de estos datos entiende Taine que se puede decir con precisión científica rigurosa qué obra de arte producirá el individuo. Viene á ser el artista como la tiera de labor: conocida la composición química, la exposición, el clima y el abono, sabemos que nacerá el trigo y no la caña de azúcar.

Este sistema ha sido muy impugnado, y en realidad es facilísima la impugnación, pues saltan á la vista las objeciones; ha caído en descrédito, por fin, mas á la manera de los combatientes de la Iliada, que antes de desplomarse heridos de muerte desbarataban

y arrollaban las haces enemigas y decidían la victoria, se ha infiltrado de tal suerte en el pensamiento contemporáneo, que los mismos que lo impugnan lo practican á ratos, menos felizmente que Taine, es cierto, sin su lógica apretada y sin su brillantez pictórica; pero al fin lo practican, y no conozco ningún crítico moderno de alto vuelo que pueda declarar con la conciencia tranquila, que estudia las obras de arte como si Taine no hubiese existido. Mal que les pese, todos—y los mejores—al poner en el papel la pluma, acuérdanse de la raza, del medio, del momento; viven rodeados de espectros tainianos, de ideas que ya circulan como moneda corriente.

Y es el caso que el sistema de Taine puede compararse á esas espadas de encantamiento, que sólo hacen prodigios al esgrimirlas el paladín para quien las fadaron. Unicamente Taine supo producirnos ilusión completa al sacar por el hilo del fósil el ovillo del organismo que ya no existe, y al vestir de carne y transfundir sangre, por medio de un estilo vibrante y colorista y escultural, á los escritores y artistas, de quienes solemos recordar la obra y ol-

vidar la persona, ó conocerla sólo por pálidas leyendas. Pero esta misma excelencia de Taine, que alabo, es argumento contra su sistema. Si existiese algún sistema de crítica totalmente verdadero, positivo é irrefragable, todos podríamos aplicarlo y aprovechar su luz.

Por otro lado, el sistema de Taine niega implícitamente el valor propio de la obra de arte, que es una realidad, y la individualidad del artista, otra realidad evidente, aunque misteriosa.

Dije antes que si el Tasso viviese hoy, no escribiría la *Aminta*, pero tampoco las *Odas bárbaras* de Carducci. ¿Por qué? Porque el Tasso, en quien tanto influyeron el medio y el momento, siempre sería, en cualquier siglo, en cualquier situación que le supongamos, un individuo inconfundible con Carducci. La individualidad, ese duendecillo, no sólo resiste al medio, sino que lo domina y lo modifica. Es la lucha de la ola y la roca. El medio, que nos envuelve, que nos penetra, que nos quiere arrollar, no logra destruir aquel germen de espontaneidad propia que en nosotros llevamos. Los grandes y los fuertes se conocen precisamente en la

energía con que reaccionan contra el medio, y según la sentencia de un filósofo chino, no hay circunstancias que basten á convertir un conejo en tigre.

Bien mirado, si sólo hubiésemos de estudiar la obra de arte para conocer al hombre, deberíamos empezar por echarnos á la calle con la linterna del perro Diógenes. Si una obra de arte es sólo la cáscara ó huella delatora de una psicología y de una fisiología, olvidemos las letras y estudiemos directamente á unos cuantos individuos de los que viven y podemos tratar: así no necesitaremos reconstruir ni el medio ni el momento, ya que en ellos nos movemos y somos. Este error de Taine, abrazado y exagerado quizás por la escuela naturalista, originó la doctrina de la indiferencia de los asuntos y la equivalencia de todo documento humano. Por culpa de Taine hemos tenido que leer volúmenes y volúmenes en que el arte malgastaba sus tesoros en describir y analizar minuciosamente cosas vulgares, sin interés ni significación alguna.

Para demostrar el vicio capital del sistema de Taine es muy general considerarlo aplicado á la literatura clásica griega, y en particular á Homero.

¿Qué sabemos de Homero? Que, en opinión de muchos y muy doctos autores, no existió jamás. Ahí están, sin embargo, dos poemas que á Homero se atribuyen, y son, por lo menos uno de ellos, de lo más noble y hermoso entre las obras del arte universal. Detras de la *Iliada* no podemos buscar al hombre que la cantó; pero la ficción sublime de la cólera de Aquiles nada pierde porque ignoremos en absoluto quién era Homero, dónde vivía, qué pensaba, y si llegó á sospechar los rudimentos del arte de la escritura.

En el tomo IV de su *Historia de las ideas estéticas*, ha observado Menéndez y Pelayo que el mismo Taine, conocedor de las objeciones á que se prestaba su sistema, se corrigió aceptando principios que echan abajo el empirismo y el mecanismo de sus primeras especulaciones. Al admitir que en el arte deben resplandecer, más claras que en los objetos reales, las ideas; al declarar que aun cuando todas las formas del arte son legítimas, no son igualmente bellas todas; al reconocer un principio, base de la clasificación, y también un criterio para distinguir lo bueno de lo superior y el florecimiento de la deca-

dencia, Taine ingresa en las filas de la crítica ortodoxa y del sano idealismo. Sin embargo, yo entiendo que las páginas fuertes y activas de Taine no son las que encierran estas concesiones, ni por repetir lo que habían dicho otros, hincó la garra en el pensamiento de su siglo. La nombradía de Taine va unida al sistema determinista que supo manejar como un instrumento de acero finísimo, y á la vez como un pincel cargado en la paleta de Rubens: y en ese sistema hay la suficiente verdad relativa para que Taine figure entre los maestros de maestros, así como en su factura hay cualidades que le ponen entre los escritores más ricos de lenguaje y de imágenes, más sanguíneos y musculosos.

Muy semejante en el método á la crítica de Taine es la de Sainte Beuve, si en el estilo diferentísima; pero mientras Taine creó su método para Sainte Beuve, sólo á fuerza de haberlo aplicado, averiguó que lo tenía. Era Sainte Beuve hombre que gozaba de escasas simpatías y á quien muchos se holgaban de mortificar, y la malignidad se complacía en repetir que, aunque buen juez, carecía de código. Hí-

zose cargo de esta objeción Sainte Beuve y declaró que, efectivamente, su código no preexistía, pero que la práctica se lo había dictado poco á poco. He aquí los artículos del código crítico de Sainte Beuve: no separar la obra del autor; estudiar á éste en su país natal y en su raza, en su parentela, abuelos, padres, hermanos y hasta hijos; averiguar cómo y dónde se educó, qué aprendió, qué amistades cultivaba cuando empezó á revelarse, qué pensaba en religión, qué efecto le causaban los paisajes, qué alboroto le producían las mujeres, qué comía, si era pródigo ó tacaño, y de qué pie cojeaba en suma... Ya se colige que Sainte Beuve no creía que todas las respuestas de este indiscreto catecismo debiesen comunicarse al público; pero en su opinión, el crítico las había menester todas, y faltando una no más, el crítico sería un ciego repartiendo palos á derecha é izquierda. Si el respeto que merece Sainte Beuve no me contuviera, diría que este método parece la chismografía de la erudición.

Las dificultades y deficiencias de tal método no se ocultan; con él no podemos conocer sino á lo sumo el arte indi-

vidual, relativamente moderno, ó por lo menos provisto de copia de documentos históricos que permitan responder al extenso interrogatorio. Aun cuando Sainte Beuve es menos fisiólogo que Taine, aun cuando el medio y la raza de un autor, que para Taine son la clave, no son para Sainte Beuve más que primeros lineamientos del retrato que pinta; aun cuando deja mayor acción á lo que llama libertad, y que si no es lo que entienden por libertad los idealistas puros, es al menos una vasta latitud donde caben miles de combinaciones posibles, en Sainte Beuve lo mismo que en Taine la piedra de toque del método es la experiencia de que hay miles de casos en que tal método falla. Con el método de Sainte Beuve no podríamos admirar, no sólo á los clásicos helenos cuya biografía, como la de Safo, es un enigma con una leyenda al canto, para mayor confusión, sino que renunciaríamos á asimilarnos y á comprender la obra de arte colectiva, como la catedral gótica, el templo románico y el mismo Partenón.

Evidente impotencia la de un método crítico que no sirve para explicar la belleza más radiante y pura, la del ar-

te griego, y la belleza más vasta, caudalosa y extraña, la de los poemas indios, por la plausible razón de que no podemos averiguar cómo serían el padre, la madre, y los hermanos de Praxiteles, ni qué peculiar efecto producía en Veda Vyasa la mujer.

Por eso se ha dicho, con exactitud maliciosa, que el método de Sainte Beuve sólo da buen resultado aplicado á autores recientes secundarios; y se ha calificado á Sainte Beuve de retratista de primera de los autores de segunda. En efecto; los secundarios ganan con que se prescinda de la obra en sí para contemplarles á ellos; hay personas dignas de sumo interés, de temperamento y carácter original, que escriben libros que nos tienen sin cuidado; para estos tales, la exhibición de la personalidad no artística es ventaja segura. Por más que el reparo puesto á Sainte Beuve sea justo, yo veo en su predilección por los autores arrinconados, no la imposibilidad de retratar á los grandes—pues supo hacerlo, y de mano maestra,—sino el instinto del erudito investigador, que antepone el deleite de su curiosidad rebuscona al orgullo de plantar su tienda en las al-

turas. Y como no hay pecado que no tenga su castigo, Sainte Beuve, tal vez el más sagaz y ameno de los críticos franceses armado de punta en blanco para legarnos una magnífica historia de la literatura, sólo dejó los materiales con que puede escribirla quien se atreve á tanto: un montón de sillares, divinamente cortados y pulidos, dispuestos ya para el edificio, pero dispersos en el suelo. Con razón dijo de Sainte Beuve el reparón y severo Nisard: «Su crítica es á la de Villemain lo que las Memorias son á la historia; Sainte Beuve es el cronista, no el historiador; como Plutarco, desatiende la ley general por atender á la diversidad individual».

De Villemain, Taine y Sainte Beuve arrancan las numerosas escuelas de crítica actual. El estilo plástico y carnal de Taine, su fatalismo, inspiraron la crítica materialista y con pretensiones científicas de Zola; y su concepto de la raza y el medio, sobre todo de la raza, enseñaron á Melchor de Vogüé á penetrar sutil y piadosamente el genio de la literatura rusa. Si hubiésemos de seguir el rastro de la influencia tainiana en el período naturalista, necesitaría-

mos dedicar á tal asunto una monografía. Si esta influencia es hoy menos patente y en la reacción idealista está neutralizada por la de Renán, no se crea que ha desaparecido.

Hay periódicos en que se aclama á un genio, en que hacemos su apoteosis, pero no le llevamos en la masa de la sangre todavía; hay otros en que se le niega tres veces al canto del gallo, y se le sigue involuntariamente, porque ya se ha incorporado á nosotros. Taine se cuenta en el número de estos últimos maestros. Sus discípulos se llaman legión, ahí está, entre los máś recientes, Mauricio Spronck, el anatómico implacable, algo lombrosista, pero tan serio y reflexivo como Lombroso es aturdido y ligero; ahí está Hennequin; ahí está Bourget, tainiano vergonzante, pero tainiano; ahí está el mismo Brunetière, que no se profesa tainiano, sino darwinista, por alardear de que bebe del mismo caño de la fuente científica, y sin embargo, debe más á Taine que á Darwin; y no citemos más, ni hace falta.

La actualidad palpitante en crítica, el problema fundamental que hoy se estudia, y que puede compararse á la

magna cuestión filosófica del enlace entre el sujeto y el objeto del idealismo trascendental y el realismo, es la batalla entre la escuela de la crítica personal y la crítica objetiva. Creo que jamás se ha discutido punto que llegue tanto á la raíz, ni que tan claramente revele el estado del pensamiento á fines del siglo XIX. Ya no se trata de un método, sino de la esencia misma del arte, de la suprema ley estética: al lado de esta cuestión, las demás parecen ínfimas y transitorias.

Los adversarios que sostienen esta disputa son, en primer término, Fernando Brunetière y Anatolio France. Este reclama la jefatura de los defensores de la crítica personal, excluyendo á Lamaître y Desjardins, con quienes le reunió Brunetière en una arremetida vigorosa y memorable. La profesión de fe de Anatolio France proclama el idealismo egoístico más desenfrenado. Realidad y apariencia son todo uno; las imágenes, aunque no correspondan á nada exterior, bastan para el goce estético y para la vida. Nada conocemos que éste fuera de nosotros: no podemos salir de nuestro yo, de la *caverna* de nuestra representación; lo

que llamamos el espectáculo del mundo, es un desfile de sombras y fantasmas que á la dudosa luz de la conciencia tiembla sobre las paredes de ese antro: sombras que se nos parecen, que nos empeñamos en conocer y hasta en amar. Sólo en nosotros vivimos, y ahí está nuestra desdicha: ¡qué no daríamos para evadirnos un minuto de la automazmorra! Y despeñándose del idealismo exaltado al sensualismo, añade France: «El mundo lo vemos al través de nuestros sentidos, que lo deforman y lo colorean á su antojo.» De aquí se deduce que la crítica es el crítico, la afirmación escueta de su gusto, y con decir «esto me agrada y esto otro me encocora,» tendremos juzgada la obra de arte.

Sin embargo, France no quiere que le afilien entre los escépticos á carga cerrada: él cree, sí, cree en lo relativo, y sobre todo, en su persona, á la cual se abraza como si temiese perderla; y es de ver cómo se burla de Brunetière y en general de todo hombre capaz de echar á pasear el alma fuera del cuerpo, á estilo de bruja en sábado, camino del Aquelarre.

Si France es el ególatra, Lemaître es

el dilettante por excelencia. Comprenderlo todo, pero desconfiar de esa misma comprensión y de esta simpatía. He aquí el estado intelectual de Lemaître. La inconstancia, la versatilidad, la frialdad que sigue á la exaltación carecterizan el diletantismo. Nadie abandona lo que amó tan fácilmente como el dilettante, ó sea el *panfilista*, que diría Valera. Son los diletantes una especie de don Juanes: codician cuanto ven, y aún no ha respirado la flor cuando la arrojan para que se marchite en el fango. Bourget define admirablemente este modo de ser, esta inclinación á libar la miel de cada cosa, llamándola arte de transformar el escepticismo en instrumento de goce: á libar.

Con verdadero ingenio ha sido comparado Lemaître al acróbata que, desempeñando en una pantomima el papel de ladrón, perseguido por la Guardia civil, se escapa hasta doce veces, dejando á cada escapatoria una chaqueta y un chaleco entre las uñas de los perseguidores.

Contra esta escuela de la simpatía universal, que encubre la úlcera de la indiferencia, clama Brunetière, el más afirmativo y sistemático de los críticos

franceses actuales. Brunetière sostiene que la belleza artística es una realidad independiente de las sensaciones y de las ideas que puede originar en nosotros. Existen—nota Brunetière—autores y obras que al través de las edades se imponen ála humanidad; nombres y glorias qu ese inmortalizan mientras pasan las generaciones, y esas obras, sean muchas ó pocas—reducid cuanto se os antoje su número,—forman la categoría de lo *bello superior*. Admirada y sentida esta belleza sucesivamente por miles de individuos de raza, nación y estado diverso, de complexión diferentísima, y si supiésemos por un instante que eston individuos son críticos de profesión y razonan y fundan su admiración y su sentimiento, sus juicios, compondrían el himno triunfal de la belleza, y esta clase de crítica jamás sería impresionista ni personal, sino crítica objetiva, en el mejor sentido de la palabra.

La crítica que no compara, define y juzga, dice Brunetière, no es crítica, sino un *scherzo* más ó menos grato al oído, según la habilidad de la mano que lo ejecuta. Quien compara, clasifica; y quien clasifica, sentencia. El

juicio estético es el reconocimiento de una verdad tan firme como las verdades de la astronomía ó de la química: puede desaparecer de la superficie del planeta la raza humana, pero en conjunto de maravillosas líneas que esa raza extinguida llamada la Venus de Milo, no dejará de ser belleza porque ningún ojo la contemple.

Si no hay crítica objetiva—sigo exponiendo las doctrinas de Brunetière—tampoco habrá historia natural, física ni química objetiva. No: la obra de arte no puede reducirse á ser un signo, algo que revela la presencia de un hombre: es entidad real, existe en sí misma y por sí misma. Claro es que no pretende Brunetière que la obra de arte se haya creado á sí propia, aun cuando, por las expresiones de que se vale, parece llegar á este extremo.—«El arte para sí mismo su medio, su todo y su fin.»—dice explícitamente.

No es Brunetière, sin embargo, ni un idólatra del arte puro, como Gautier, ni un dogmático como Nisard: su crítica viene revestida, cual un guerrero de su lóriga de escamas brillantes, del aparato científico más imponente: en esto es también de la proge-

nie de Hipólito Taine, inventor de una doctrina evolucionista; sostiene que cada género literario llega á su ápice de perfección, mediante una elaboración lenta; que á este ápice sumo sigue la decadencia, y después con los residuos del género destruído ó disuelto, se forma otro género nuevo, destinado á recorrer las mismas etapas de formación, esplendor y disolución. Esta teoría complétala Brunetière adoptando el principio tainiano de la influencia del medio ambiente, contrapesado por el elemento personal ó individual, que en el artista solemos llamar genio.

Expuestas rápidamente las ideas principales de las dos escuelas críticas que hoy combaten en Francia, y llegado el caso de decir cuál de ellas me parece más próxima á la verdad, me encuentro en el grave apuro de que ninguna me descontenta, y todas me persuaden á ratos, de suerte, que, á pesar de parecer inconciliables sus respectivas afirmaciones, suelo figurarme que todas encierran gérmenes de verdad absoluta, relativa, como es relativo todo lo que puede abarcar nuestro espíritu finito y limitado. Me ocurren mil objeciones contra las teorías, mientras los

métodos los encuentro excelentes y legítimos sin excepción, ya que evidencia luminosa nolo que producen atinados juicios, exactos análisis é ingeniosas tesis. Pondré un ejemplo para que se comprenda mejor la distinción que establezco entre la teoría y el método, útil el segundo y falsa por exclusiva la primera.

Suponer que dos escultores, antes de empezar á señalar los puntos para trabajar, exponen los principios por los cuales va á regirse la práctica de su labor. El primero dice:—«He buscado en las canteras de Paros el mármol más fino, blanco y precioso, y he elegido para modelo el cuerpo humano más bello y robusto que existe.

»Este cuerpo voy á copiarlo fielmente, pero ennobleciéndolo con la expresión de majestuosa serenidad que atribuímos á los inmortales. Lo labraré con tal maestría, que parecerá animado por la vida, y con tal arte trasladaré al mármol la forma humana, que el anatómico más exigente podrá aprender de mí.»

El segundo escultor habla á su vez:

«Yo trabajaré en piedra granítica ruda y tosca. Las figuras que de ella

haré surgir serán rígidas, inflexibles, de monstruoso dibujo, de absurdas proporciones, con torso mezquino y enormes manos y cabezas. Las revestiré de paños y sin realce, y las colocaré en actitudes forzadas é imposibles. Y me jacto de que con este procedimiento os he de hacer sentir y soñar tanto ó más que mi compañero el de la perfección divina, el del mármol de Paros.»

Acaso tendríamos por loco al segundo si no supiésemos que, en efecto, las esculturas bizantinas ó góticas nos hacen sentir y soñar tanto ó más que las estátuas del mejor período clásico. Los principios á que se ajusta el segundo escultor parecen, enunciados verbalmente, un puro desatino; aplicados, son verdad estética, puesto que sirven para crear una belleza que nos llega al alma.

Me diréis que el ejemplo no es aplicable á los sistemas de crítica, ya que ésta ha de basarse principalmente en el juicio y la razón. A esto respondo que, en mi concepto, la crítica moderna, como la filosofía, bajo apariencias científicas, deriva cada vez más hacia el terreno del arte y del sentimiento. Resalta con evidencia este carácter

sentimental en la escuela de crítica impresionista, que no es sino un reflejo de la belleza en la sensibilidad; y la misma crítica objetiva, á lo Brunetière, aunque revestida de aparato científico, tampoco pisa el firme terreno de la ciencia experimental, sino que vuela por los espacios de la hipótesis, aplicando arbitrariamente al espíritu y sus actividades leyes que aún no está bien demostrado que rijan en lo puramente natural. Lo que de las dos escuelas de crítica aceptaría yo cerrando los ojos es la parte de labor artística, la luz amorosa que proyectan á su modo sobre la obra de arte, enseñando á sentirla, moviendo á admirarla, y creando en nosotros ese estado efusivo y generoso en que abrimos el alma por igual á la contemplación de toda hermosura.

Sí; la crítica moderna, tan amplia y comprensiva, tan educadora del gusto, es ante todo obra de arte. Los principios que proclamó Taine, la famosa ley del medio, en realidad no le pertenecen; habían sido enunciados por Bacon, por Montesquieu, por Herder, y si en boca de Taine resonaron de tal modo, es que Taine era soberano artista. ¿Quién no reconoce que Sainte Beuve,

además del delicado psicólogo, al artista maestro, al Hobein, Van Dick, al Sánchez Coello de la prosa? En cuanto á Anatolio France y á Julio Lemaître, lo primero que en ellos descuella también es el artista, de indecisa vocación, fluctuando entre la crítica, la poesía y la novela.

Por eso no creo que debamos adherirnos á ningún sistema, puesto que si la obra del crítico tiene valor artístico, este valor es inseparable de su persona, y querer lograr lo que él logró abrazando su sistema, equivale á querer ganar batallas poniéndose el sombrero de hule y la levita gris de Napoleón. El talento y el ingenio de un crítico pueden hacer milagros con un sistema, contra él, y á pesar de él; pero el sistema sólo no puede hacernos más que sistemáticos. No es que me parezca humillante seguir las huellas de un maestro, que es maestro cabalmente porque suscita discípulos; creo, al contrario, que hoy hace estragos una enfermedad moral literaria: la pretensión de vivir en casa propia, cuando no alcanza el caudal sino para alquilar un piso modesto en la ajena; realmente, se toma muy al pie de la letra aquello de buscarse á sí mis-

mo como si tanto abundase la originalidad, y no fuese exactísimo el dicho de Brunetière, que el autor que más tiene suyo propio, tiene á lo sumo un libro, aunque haya escrito veinte; y nótese que esto lo dice de los autores gloriosos y excelsos. ¿Qué dirá de la turba multa cuando alardea de no reconocer padre ni madre y de haber brotado como se creía antaño que brotaban los hongos, sin semilla, para pudrirse, como los hongos también, no dejando nada en pos de sí, ni renuevos ni tronco, más que un montencillo de polvo negruzco que el viento dispersa?

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

---

# LA GUIJA

En el pacífico pueblecillo ribereño de Areal, fué enorme el rebullicio causado por el misterioso episodio de la desaparición del chicuelo. ¡Un niño tan guapo, tan sano, tan alegre! ¡Y no saberse nada de él, desde que á la caída de la tarde se le había visto en el playazo, jugando á las guijas *ó pelousos!*

La madre, robusta sardinera llamada la Camarona, partía al corazón. Llorando á gritos, mesándose á puñados las greñas incultas, pedía justicia, misericordia... en fin, ¡malaña! que encontrasen á su hijo, su Tomasiño, su joya, su amor. El padre, el patrón Tomás, cerrando los puños, inyectados los ojos, amenazaba... ¿A quién? ¿A qué? ¡Ahí está lo negro! A nadie... Porque

no pasaban de conjeturas vagas, muy vagas, las que podían hacerse. O á Tomasiño se lo había tragado el mar, ó lo habían robado. Si lo primero, ¿cómo no aparecía el cuerpo? Si lo segundo ¿cómo no se encontraba rastro del vil ladrón?

Bien pensado, cuando la pena dió espacio á que se reflexionase, lo de haberse ahogado Tomasiño no era ni pizca de verosímil. El rapaz nadaba lo mismo que un barbo; hacía cada *cole* que aturdía; y que hubiese tormenta, que no la hubiese, él salía á la playa después de una ó dos horas de chapuzón, tan fresco y tan colorado. El mar era su elemento, no la tierra. Lo juraba el patrón: no tenía la culpa el mar.

La hipótesis del rapto ó secuestro empezó entonces á abrirse camino. La imaginación de los moradores de Areal la patrocinaba. Se habían llevado á la criatura. ¿Quién? ¿A dónde? Aquí tropezaba la indagatoria. Ni la justicia, ni los padres, ni el público lograban en esto adelantar un paso. La Camarona y el patrón no tenían enemigos. En Areal no se cree en brujas ni en el mal de ojo ó *envidia*. Esas son supersticiones de montaña. Tampoco hay malhe-

chores de oficio. ¿Qué pescador, qué fomentador, qué aldeano de las cercanías, de la bonita vega de Areal, iba á robar á Tomasiño, sin objeto alguno?

Sin embargo, la Camarona, con esa viveza de fantasía de la mujer, sobreexcitada por el instinto maternal,—indicó al Juez una pista. Veinticuatro horas después de la desaparición de Tomasiño, ella había visto por sus propios ojos, cuando llevaba su cesta de lenguados á vender al mercado de Marineda, un campamento de húngaros en el soto de Lama. Allí estaban los condenados, con unas caras de tigre, como demonios, puesto el pote á hervir en la hoguera que alimentaban con leña del soto, que no era suya. Ya se sabe que los húngaros, á pretexto de remendar sartenes y calderos, viven de robar. Ellos, y nada más que ellos, eran los autores de la fechoría. Apenas prendió en la idea, apresuróse la Camarona á buscar, en el soto de Lama, el sitio en que había reposado y vivaqueado la tribu errante. No tardó en encontrarlo: la hierba pisoteada por los caballos, las ramas rotas, y las cenizas de la hoguera, lo delataban. Y en el momento de fijar los ojos en el resíduo,

negruzco sobre el verdor del suelo, la madre exhaló un salvaje grito de furor y de certidumbre. Acababa de ver, entre la ceniza, un punto blanco: una china, un *pelouso*. Recogiendo aquel indicio, corrió á albarotar el pueblo. ¿Qué duda cabía ya? Tomasiño llevaba siempre en el bolsillo del pantalón las guijas del mar con que jugaba. Eran conocidas, eran inconfundibles: blancas como la nieve, redonditas como bolas, y tan pulidas que ni hechas á mano. Escogidas, ¡malaña! Las distinguía ella entre mil, las chinas de Tomasiño. Y hubo en Areal exclamaciones de cólera, llantos de simpatía, clamores indignados, descabellados planes... Pero al presentarse al Juez de Brigancia la Camarona, con la guija en la mano, advirtió que aquel señor no demostraba gran convencimiento. ¿Los húngaros? ¡Bah! De todo se les culpa... ¿Y por una china de la playa se ha de afirmar...? En fin, él enviaría un exhorto... Se avisaría á la Guardia civil... ¡Cualquiera acierta con el paradero de esos pajarracos! Hoy están aquí, mañana en Portugal... Bueno, se trataría de echarles el guante.

Se trató, en efecto; sólo que no era la

Camarona, no era la desesperada madre, sujeta á Areal por las duras cadenas de la pobreza, quien perseguía á los raptores. ¡Y éstos, y su presa, se encontraban ya muy lejos! Así es que la infeliz pescadora, con su guija siempre en la mano, se sienta por las tardes en el muelle, á la espera de las lanchas, y dice á las comadres preguntonas:

—¡Si pasa el Juez... se la tiro! ¡Y le acierto en la sien, malaña!

---

# LA SOMBRA

Aquel rey Artasar que después de Suleimán ó Salomón, fué el más poderoso y el más opulento del orbe; aquel que soñó tener un palacio como jamás se hubiera visto, para albergar en él las magnificencias de su corte y las fantásticas riquezas de su tesoro,—alimentó también otro sueño, más modesto en apariencia, pero de realización infinitamente más difícil; el de aumentar su estatura. Porque conviene saber que Artasar el *Grande* y el *Temido* era de muy corta talla, y en aquellas edades heroicas se rendía culto á la exterioridad de la fuerza y de la robustez corporal. Y cuando Artasar, descendiendo de su palanquín de cedro, marfil y oro, se dirigía solemnemente

al templo en que sus antecesores los Magos habían adorado al Dios vivo y donde aun persistía este santo culto, y el pueblo formaba doble muralla para ver pasar al rey—éste sufría cruelmente en el amor propio, al comparar la proyección de su sombra, diminuta y sin majestad, con la de los hercúleos oficiales de su guardia nubiana, ó la de los hermosos arqueros del Cáucaso, que le precedían abriendo calle. Como una especie de bufón grotesco que fuese á su lado inseparablemente, burlándose de una grandeza nominal, la ironía de su reducida sombra le acompañaba á todas partes.

Para evitar tan triste efecto, ideó Artasar que le construyesen un calzado de suelas quíntuples, y que ciñese sus sienes una especie de monumental tiara. Y fué, como suele decirse, peor que la enfermedad el remedio, porque las suelas remedaban un zócalo ridículo y hacían embarazoso y torpe el andar del rey, que parecía ir en zancos; mientras que la tiara, agobiándole con su peso, le obligaba á inclinar la cabeza, y en la sombra adquiría formas extrañas, provocantes á risa.

Desesperado Artasar, abrumado por

la mortificación de su vanidad que sufría cada vez que se mostraba en público, apeló á no salir de su palacio nunca. En el recinto del palacio se encerraban amenísimos jardines y bosquecillos frondosos, y Artasar, solazándose en ellos, fué olvidándose de estudiar la proyección de su sombra, y de compararla á la de los demás mortales. Y así que dejó de preocuparse de cómo era su sombra, recobró la tranquilidad del espíritu, la calma del corazón, la alegría de las horas serenas y felices. ¿Qué le importaba su sombra? ¿Acaso la sombra le impedía disfrutar del ruido del agua, de la frescura de las enramadas, de los acordes de las cítaras, de los ojos de gacela y los labios de miel de las cautivas? ¿Acaso le veďaba el goce del estudio, la plenitud intelectual? Un día Artasar recordó, miró á su sombra... y se reconcilió con ella; ya no era irónica, ya no le humillaba; aquella sombra se parecía á todas; era una sombra inofensiva, natural; una sombra *buena*...

Y Artasar, llamando al escriba que recogía en enceradas tablillas los hechos culminantes del reinado y las máximas formuladas por el monarca para

reunirlas en un libro que eclipsase al de los *Proverbios* de Suleimán,—(¡lástima que estas tablillas se hayan perdido!) le dictó la sentencia siguiente:

«Cuando andamos entre los hombres, no existimos sino por el tamaño de nuestra sombra. Cuando nos retiramos, nos hace vivir la capacidad de nuestra alma.»

---

# LA MUERTE DE LA SERPENTINA

En el cesto, entre sus compañeras, la serpentina rosa soñaba un sueño de su mismo color: veía cielos rosados, labios rosados, pétalos de rosa esparcidos, exhalando dulcísimo perfume.

—«Cuando me lancen al aire,—pensaba la serpentina rosa—caeré en el seno de una niña hechicera, de alguna virgen de diez y siete años,—seno que el primer latido de amor aún no consiguió agitar misteriosamente.—Caeré allí como en su nidal la paloma, y al choque de mi enroscado cuerpo, el el cuerpo inocente se estremecerá de indefinible emoción. El golpe sordo de la serpentina rosa retumbará en el alma nueva, en el capullo de alma.

¡Ah! Que no tarden en arrojarme al aire... Que llegue pronto mi vez.»

Y la vez no llegaba. Serpentinas verdes, amarillas, bermejas, azules, volaban desenroscándose al dirigirse al blanco, y se entretejían en aérea red, suspensas de los balcones, enganchadas en las ramas desnudas de los árboles, desgarrándose en los picos de latón de los faroles. Del fondo del cesto no lograba salir la serpentina rosa.

Por fin... ¡Ah! ¡Gracias á la suerte! Ya rompe la serpentina su cárcel; ya, desenrollado el cabo, se siente disparada en el vacío... Su golpe mate va á dar contra un pecho de mujer. Pero el pecho, ni tiene clasticidad, ni color: diríase que es el esternón de madera de alguna efigie olvidada en su camarín sin cirios ni exvotos, y ya resguardada por la costra dura del olvido. La mujer del pecho insensible, tranquilamente, ha rechazado con la mano la serpentina rosa, y ésta va á unirse al fango, donde la pisotean primero y se la disputan después cien granujillas de manos sucias y boca maldiciente y procaz. Cubierta de barro, ya nadie podría reconocer á la serpentina rosa: su bonito color se ha convertido en un tono triste,

apagado y obscuro, el matiz de la tierra arcillosa, amasada con el agua llovediza que la impregnó; su forma redonda ha desaparecido; vedija informe, de la cual se lleva cada golfo un pedazo en las uñas, en eso ha parado la serpentina hace dos minutos tan flamante y tan llena de ambiciosas ilusiones...

Y ella, la pobre serpentina rosa, no siente ni la caída en el barro, ni las heridas y desgarrones que han lacerado sus entrañas. No. El secreto me ha sido revelado para que yo lo divulgue. Lo que siente la serpentina rosa, al morir, creedlo, vosotros los que pisáis sus restos despedazados y ya incorporados al cieno que se os pega á las suelas de las botas—lo que siente, lo que le duele con dolor incurable, es el golpe que se dió contra aquel pecho sin calor ni elasticidad, cuando pensaba caer sobre un corazón vivo y palpitante, que á su contacto se estremeciese.

---

# EL PAÑUELO

Cipriana se había quedado huérfana desde aquella vulgar desgracia que nadie olvida en el puerto de Areal: una lancha que zozobra, cinco infelices ahogados en menos que se cuenta... Aunque la gente de mar no tenga asegurada la vida, ni se alabe de morir siempre en su cama, una cosa es eso y otra que menudeen lances así. La racha dejó sin padres á más de una docena de chiquillos; pero el caso es que Cipriana tampoco tenía madre. Se encontró á los doce años, sola en el mundo... en el reducido y pobre mundo del puerto.

Era temprano para ganarse el pan en la próxima villa de Marineda; tarde para que nadie la recogiese. ¡Doce años! Ya podía trabajar la mocosa...

Y tarbajó, en efecto. Nadie tuvo que mandárselo. Cuando su padre vivía, la labor de Cipriana estaba reducida á encender el fuego, arrimar el *pote* á la lumbre, lavar y retorcer la ropa, ayudar á tender las redes, coser los desgarrones de la camisa del pescador. Sus manecitas flacas alcanzaban para cumplir la tarea, con diligencia y precoz esmero, propio de mujer de su casa. Ahora, que no había *casa*, faltando el que traía á ella la comida y el dinero para pagar la renta, Cipriana se dedicó á servir. Por una taza de caldo, por un puñado de paja de maíz que sirviese de lecho, por unas tejas, y sobre todo, por un poco de calor de compañía, la chiquilla cuidaba de la lumbre ajena, lindaba las vacas ajenas, tenía en el *colo* toda la tarde un mamón ajeno, cantándole y divertiéndole, para que esperase sin impaciencia el regreso de la madre.

Cuando Cipriana disponía de un par de horas, se íba á la playa. Mojando con delicia sus curtidos pies en las *pozas* que deja al retirarse la marea, recogía mariscada, cangrejos, mejillones, lapas, *nurichas*, almejones, y vendía su recolección por una ó dos perrillas,

á las *pescantinas* que iban á Marineda. En un andrajo envolvía su tesoro y lo llevaba siempre en el seno. Aquello era para mercar un pañuelo de la cabeza... ¿Qué se habían ustedes figurado? Que no tenía Cipriana sus miajas de coquetería.

Sí, señor. Sus doce años se acercaban á trece, y en las *pozas*, en aquel agua tan límpida y tan clara, que espejeaba al sol. Cipriana se había visto cubierta la cabeza con un trapo sucio... El pañuelo es la gala de las mocitas en la aldea, su lujo, su victoria. Lucir un pañuelo majo, de colorines el día de fiesta; un pañuelo de seda azul y naranja... ¿Qué no haría la chicuela por conseguirlo? Su padre se lo tenía prometido para el primer lance bueno; ¡y quién sabe si el ansia de regalar á la hija aquel pedazo de seda charro y vistoso había impulsado al marinero á echarse á la mar en ocasión de peligro!

Sólo que, para mercar un pañuelo así, se necesita juntar mucha perrilla. Las más veces, rehusaban las pescantinas la cosecha de Cipriana. ¡Valiente cosa! ¿Quién cargaba con tales porquerías? Si á lo menos fuesen unos percebitos, bien gordos y *recochos*, ahora

que se acercaba la Cuaresma y los señores de Marineda pedían marisco á todo tronar! Y señalando á un escollo que solía cubrir el oleaje, decían á Cipriana:

—Si apañas allí una buena cesta, te damos dos reales.

¡Dos reales! Un tesoro. Lo peor es que para ganarlo era menester andar listo. Aquel escollo rara vez y por tiempo muy breve se veía descubierto. Los enormes percebes que se arracimaban en sus negros flancos, disfrutaban de gran seguridad. En las mareas más bajas, sin embargo, se podía llegar hasta él. Cipriana se armó de resolución; espió el momento; se arremangó la saya en un rollo á la cintura, y provista de cuchillo y un *poje* ó cesto ligeramente convexo, echóse á patullar. ¿Qué podría ser? ¿Que subiese la marea deprisa? Ella correría más... y se pondría en salvo en la playa.

Y descalza, trepando por las desigualdades del escollo, empezó, ayudándose con el cuchillo, á desprender piñas de percebes. ¡Qué hermosura! Eran como dedos rollizos. Se ensangrentaba Cipriana las manitas, pero no hacía caso. El *poje* se colmaba de piñas ne-

gras, rematadas por centenares de lívidas uñas...

Entretanto, subía la marea. Cuando venía la ola, casi no quedaba descubierto más que el pico del escollo. Cipriana sentía en las piernas el frío gracial del agua. Pero seguía desprendiendo percebes: era preciso llenar el cesto á tope, ganarse los dos reales y el pañuelo de colorines. Una ola furiosa la tumbó, echándola de cara contra la peña. Se incorporó medio risueña, medio asustada... ¡Caramba, qué marea tan fuerte! Otra ola azotadora, la volcó de costado. Y la tercera, la ola grande, una montaña líquida, la sorbió, la arrastró como á una paja, sin defensa, entre un grito supremo... Hasta tres días después no salió á la playa el cuerpo de la huérfana.

---

# LA SOR

Al salir de la iglesia, antes de regresar á casa, almorzar y cambiarse de traje para emprender el camino de Lisboa, donde pasarían la primer quincena de luna de miel, los novios se dirigieron, en coche, al Asilo-Escuela de párvulos. Querían despedirse de Sor Marcela, hermana de la novia... y de la Caridad.

Cuando Sor Marcela entró en el locutorio, y se abrazó á su hermana, el contraste fué vivo y curioso. Contra el burel y el algodón de ropaje y delantal, el raso blanco de la nupcial *toilette*, contra la toca almidonada y tiesa, el delicado tul del velo y los nítidos azahares de la corona. Las figuras contrastaban no menos que los trajes. Clara,

la novia, una mujerona basta, ya algo ajamonada á los veintiséis, de protuberantes curvas y cutis encendido; Marcela, la Sor, una criaturita delgada y menuda, un delicioso semblante infantil, que alumbraban ojos negros de ricas pestañas y dientes cristalinos en una boca inocente y fresca, como vaso lleno de agua pura. Exclamaciones de asombro y alegría salían de los labios de Sor Marcela, que alababa y admiraba todo: el vestido de boda, las joyas, la corona de azahar, el devocionario de marfil, los zapatos de seda...

—¡Jesús mío, Dios! ¡Si pareces una imagen! ¡Ay, qué cosas tan hermosas traes encima! ¡Y tu esposo... qué guapo está! ¡La Virgen vaya con vosotros!

Trataba el novio de sonreir, de chancearse con la monjita, pero una emoción profunda y mal disimulada le quitaba el aplomo: sufría cruelmente. Enamorado de Marcela desde que la conoció, desde que puso los pies en casa de los señores de Ramos, creíase curado de la pasión. Habían corrido tres años ó más, desde entonces; el ingreso de Marcela en el Noviciado de las Hermanas, equivalía á la muerte; Clara se presentaba insinuante, coqueta, «buen

partido», y Antonio se dejaba arrastrar á cortejarla, á pedirla, á casarse. Y ahora, volviendo á ver á Marcela, encontrándola tan niña, tan cándida, tan ideal, el corazón le advertía: «no la has olvidado, la quieres. Mentiste al tomar otra esposa. Esta era la destinada para ti.»

Mientras las dos hermanas charlaban, sentadas en el duro sofá del locutorio, el recién casado evocaba recuerdos. El nunca le había dicho claro á Marcela, allá en el siglo, que se moría por ella, que la adoraba. Un respeto, un encogimiento extraño, la veneración que infunde la inocencia, le contenían. Soñaba mucho, la traía flores, la embromaba dulcemente... y esperaba la ocasión, la hora, el entreabrirse del capullo... Más vigilante y resuelto que él, Cristo se había adelantado. ¡La niña era monja...!

No se podía escalar el Noviciado, ni romper rejas, ni saltar tapias. La prosa de la vida, dominante hasta entre la poesía del misticismo y del amor, se interponía: Antonio se resignaba, ó creía resignarse; si se tratase de un cariño humano, de una boda para Marcela, se hubiese sublevado,

furioso; pero ¡monja! Ante eso, ¿qué hacer? Con secreta satisfacción, pensaba: «Ya no se casará.» Y, estúpidamente, por rutina, se había casado él, sujeto quizás á la casa de los señores de Ramos, por lo que en ella quedaba de la atmósfera y del perfume de Marcela... Sólo ahora llegado el momento, cumplida la suerte, Antonio se daba cuenta de su verdadero estado moral. No quería á su mujer, ni podría quererla nunca, y su corazón se quedaba allí, entre las paredes del locutorio, al lado de la monjita encantadora, su único, su verdadero anhelo en la tierra.

Cabizbajo lleno de trizteza y de abatimiento invencible, el novio permanecía allí, inmóvil, sin tomar parte en la plática de las dos hermanas. Marcela, que en vida monástica había adquirido ya la costumbre de la curiosidad pueril, se deshacía en preguntas: ¿á donde iban los recién casados? ¿Dónde se detendrían primero? ¿Llevaban mucho equipaje? ¿Tenían propósito de visitar el santuario del *Bom Jesus*, una cosa tan bonita?—Por fin, Clara, en un girar de pupilas, observó la actitud de su esposo. Era inequívoca. Aquellos

ojos ardientemente clavados en Marcela, aquella fisonomía entristecida y ansiosa, aquella palidez—no engañaban. Clara, asociando ideas, con su suspicacia de mujer, de celosa instintiva, recordó... Hay detalles que, insignificantes en apariencia, de repente, por su enlace con otras circunstancias mínimas, adquieren terible realce... Este trabajo mental, de concordancia y conexión, se verificaba en el cerebro de la novia, que veía lúcidamente lo pasado y lo actual. Y mientras en su alma se producía el desgarramiento de la ilusión, sus labios profirieron, atropelladamente sarcásticamente, estas palabars:

—Adiós, Marcela... Tenemos prisa, ¿verdad, Antonio? Hoy nos hace mal tercio cualquiera... Adiós...

Y como la Sor, cariñosamente, formulase una pregunta, la desposada respondió con risa amarga y dura:—¿Volver por aquí? ¡Hija, muy tarde!... Nosotros somos del mundo y tú eres de Dios...

---

# SALETITA

Cuando doña Maura Bujía, viuda de Pez, vió incrustarse en el marco de la puerta á aquel vejete de piernas trémulas y desdentada boca, apoyado en un imponente bastón de caña de Indias con borlas y puño de oro, no pudo creer que tenía en su presencia al novio de sus juventudes, al que por ser pobre no se había casado con ella. Cierto que el novio, Pánfilo Trigueros, ya no era niño entonces; y ahora, mientras doña Maura llevava tan divinamente sus cincuenta y nueve, activa y ágil y todavía frescachona, con el pescuezo satinado aún y los ojos vivos, don Pánfilo se rendía al peso de los setenta y cuatro, tan atropelladito, que doña Maura se precipitó á ofrecerle el sillón de gutapercha.

—Y luego dicen que no se hacen viejos los hombres,—pensó risueña, mientras le daba mil bienvenidas.—¡Ya sabía ella su llegada, ya! ¡Y que traía un capitalazo, montes y morenas!

—Eso sí, laus Deo,— silvó y salivó don Pánfilo al través de sus despobladas encías.—No nos ha ido mal del todo... De aquí me echasteis por desnudo... y vuelvo vestido y calzado y con gabán de pieles...

Doña Maura, abriendo el ojo á pesar suyo, cogió una silla, y se acomodó cerquita del viejo. Tan rara vez entraban compradores en aquella tienda de pasamanería y cordonería, que no se perjudicaba la dueña recibiendo tertulia.—¿Conque tanta suerte? ¿Era verdad que había depositado en la sucursal del Banco un millón de pesetas?

Como la vanidad es el más tenáz y constante de los sentimientos humanos, en las pupilas del viejo lució una vivísima chispa de satisfacción, y su rostro demacrado se coloreó. No, no había que exagerar: el millón de pesetas precisamente, no; pero vamos, se le acercaba, se le acercaba... ¡Se le acercaba! El corazón de doña Maura

palpitó como no había palpitado antaño en las pláticas amorosas ni en los idilios conyugales...—¡Cerca de un millón de pesetas, Virgen santísima de la Guía! ¿Cómo se puede reunir tanto dinero? ¡Qué de cosas se hacen con él! ¡Qué vida ancha, fácil, deliciosa representaban esos cuatro millones de reales! Toda su vida había lidiado doña Maura con la escasez... Siempre prisionera en el tenducho, echando cuentas y más cuentas; siempre trabajando, para no salir de una estrechez sórdida... Apuros y más apuros: el cesto de la plaza medio vacío ó lleno de porquerías, cabezas de merluzas y pescado de gatos; la cuenta del panadero encima; la del zapatero amenazante... Entornando los ojos, veía una despensa atestada de cosas buenas,—doña Maura pecaba de golosa—conservas y dulces á porrillo, aparadores repletos de loza, armarios abarrotados de sábanas y ropa blanca en hoja todavía... ¡No más zurcir medias, no más remendar trapos! Hasta fantaseó la blandura fofa de los almohadones de un coche... ¡Coche! ¡Ella arastrada por patas ajenas! Una oleada de felicidad se esparció por todo su cuerpo... ¡Y don Pánfilo

que volvía soltero, solo; que no tenía en Marineda parientes, ni acaso amigos, después de veinticinco años que faltaba de allí!... Pero ¿cómo atraer, como seducir al vejestorio? ¿Cómo asegurar tan soberana presa? ¿Ardería aún en su corazón, bajo la ceniza, una chispita del antiguo entusiasmo?... ¡Ah, si una brisa de primavera refrescase y halagase aquel yerto corazón!—Y doña Maura se atusó el pelo de las sienes, se enderezó en la silla, escondió el pie mal calzado con babuchones de orillo...

Mientras preparaba sus baterías, entro en la tienda, rápidamente, una muchacha de vestido de percal y manto de granadina... Al través del ligero lubarrón del moteado velo de tul, los cabellos rubios y crespos lucían como toques de oro, y el rostro redondo y sonrosado, de angelote de retablo, parecía más juvenil, más luciente, con un brillo de primavera y de mocedad...—Ven, Saletita: aquí tienes un señor que ya lo conocerás, porque te hablé de él cien veces... Es don Pánfilo Almagre...—Y la muchacha, con risa repentina, trinada y gorjeada, exclamó encarándose con el viejo:—¿Es usted ese

tan rico, tan riquísimo? ¡Ay! ¡Quién me diera ser usted!

La ingenuidad de la muchacha, la alegría, que es contagiosa, trajeron unos asomos de buen humor, una sonrisa pálida, á la triste carátula del indiano. Doña Maura, adelantando ya sin recelo los babuchones de orillo, iluminada por una idea, empujó á Saletita, que sin cesar de reir, tropezó con don Pánfilo.—Déle un beso, que es una chiquilla...—El viejo llegó sus labios fríos á la cara de rosa, donde depositó un beso sepulcral...

Desde aquel día vino don Pánfilo todas las tardes, á la misma hora, á sentarse en el sillón de gutapercha, en la trastienda de su antiguo amor. Y se esparció por el pueblo la voz de que iban á realizarse los planes malogrados, y no faltó quien se mofase de aquella trasnochada y ridícula boda... Doña Maura recibía bien la broma, la contestaba con chanzas de comadre que hace su santo gusto, y ofrecía dulces, y convidaba para dentro de un mes... Juzgaba oportuno despistar á los murmuradores y curiosos, que envidiaban la caza magnífica... El indiano se había tragado el anzuelo. Aquel aturdi-

miento, aquella franqueza graciosa de Saletita, le conquistaron de golpe. Como el hombre de gastado estómago que siente capricho por un marjar nuevo ó una fruta temprana, el viejo se encandilaba y se deshacía en babas mirando á la chiquilla. Una dificultad presentía la madre, pero dificultad tremenda. Al manifestar don Pánfilo sus honestas intenciones, ¿cómo preparar á Saletita? ¿Cómo persuadirla al sacrificio? ¿Cómo decir á aquellos diez y nueve años imprevisores, cándidos, floridos, que se uniesen indisolublemente á aquellos setenta y cinco achacosos, hediondos, envueltos ya en la atmósfera de la tumba? Doña Maura no se atrevía, no. ¡Vaya una ocurrencia del vejete, ir á chalarse por la mocita! ¡Qué hombres, qué incorregibles! Cuanto más viejo, más pellejo... Esta sentencia no es aplicable sólo á los borrachos... ¿Para qué necesitaba ahora esposa el bueno de don Pánfilo? Para cuidarle, para servirle las medicinas para dirigir su casa, para... para heredarle en suma... sí, para recoger aquel fortunón, que no cayese en manos indiferentes, extrañas... ¿No sería prudente que, con tales fines, eligiese

una mujer formal, una persona ya práctica, seria, que sabe lo que es la vida y tiene experiencia y mundo?... ¡Ah! ¡Si don Pánfilo atendiese á su conveniencia!...

Con todo esto el tiempo corría, y era urgente sondear á Saletita, combatir su repugnancia, convencerla... ¡Faena terible! ¡Brega que doña Maura presentía estéril! Saletita, de fijo, nada sospechaba aún; pero cuando lo supiese pondría el grito en el cielo... Ciertamente ella supondría que aquellos halagos bajo la barba, aquellas chocheces de don Pánfilo, eran como de padre... ¿Qué diría al enterarse de que el temblón la pretendía en casamiento? Todo el mundo embromaba á su madre con el indiano... ¡Cuando viese que el gato pelado y decrépito buscaba la rata tierna!

Por fin, una noche después de cerrada la tienda, doña Maura, la hizo fiestas, y empezó á soltar las terribles insinuaciones... Callaba la muchacha, bajando la cabeza, escondiendo la mirada de sus azules pupilas, como se esconde el travieso pilluelo que acaba de cometer un hurto... Y de súbito, á una exhortación más apremiante de su

madre, jurando que prefería sufrir que ver sufrir á su hija, levantó la faz, soltó una carcajada de retintín plateado y claro como el repique de argentina campanilla, y exclamó, esgrimiendo las manitas pequeñas y gordas:

—Bien, ¡ya sé que usted quería el novio para sí!... ¡Pero en eso estaba yo pensando! Desde el primer día conté con él... Si usted me lo quita... ¿Ve estas uñas? ¡Pues no le digo más!...

---

# LA REDADA

Mi boda se desbarató por una circunstancia insignificante, sin valor alguno sinó para quien, como yo, se pasa de celoso y raya en maniático. ¿Fueron celos los que tuve? ¡Apenas me atrevo á decir que sí! Y es porque me da vergüenza pensar que probablemente *serían celos* en el fondo, allá en el fondo inescrutable y sombrío del alma... Para que se descifre mejor el enigma, explicaré mi manera de ser, antes de referir el mínimo incidente que dió en tierra con mi felicidad y me condenó, tal vez, á perpetua soltería.

Apasionadamente enamorado de mi novia, criatura fría é ideal como una flor blanca, y que reunía cuanto puede

halagar la vanidad de un novio—alcurnia, elegancia, caudal, — aspiraba yo á ser para ella lo que ella era para mí: un sueño realizado. Si en su presencia alababa alguien los méritos de otro hombre, se me revolvía la bilis y se me ponía la boca pastosa y amarga. No habiéndome creído envidioso hasta entonces, la pasión me despertaba la envidia, que sin duda existía latente en mí, á manera de aletargada culebra. Hacíame yo este razonamiento absurdo: puesto que ese otro vale más que tú, tiene mayores derechos al sumo bien del cariño de María Azucena Guzmán, vizcondesa de Fraga. Para merecer tal ventura, debes ser— ó parecer—el más guapo, el más inteligente, el más fuerte, el primero en todo. Y desatinado por mis recelos, aplicaba un escalpelo afiladísimo á las perfecciones de mi imaginario rival; le rebuscaba los defectos, le ridiculizaba, le trataba como á enemigo... ¡Hasta llegué á la vileza de la calumnia! Pasada la crisis celosa, caía en abatimiento inexplicable, despreciándome á mí mismo.

Con el tacto propio de la mujer que quiere de veras, María Azucena, así

que comprendió mi mal, evitaba toda ocasión de agravarlo. Se dejaba aislar, rehuyendo cualquier obsequio y trato que pudiese ser motivo de disgusto para mí. Apenas notaba que un hombre me hacía sombra, ni aun le dirigía la palabra. De este modo salvábamos los escollos de mi carácter. Mi futura solía repetir: «Así que nos casemos, mudarás de condición: lo espero, y lo deseo, en interés de tu dicha y tu tranquilidad».

Poco tiempo antes del día solemne, señalado para primeros de Septiembre, un tío de mi novia, el rico propietario don Mateo Guzmán, nos convidó á una fiesta en su quinta. Se trataba de una *redada* ó pesca de truchas en el río. La finca del señor de Guzmán, que dista unas tres leguas del pueblo donde pasábamos el verano, goza merecida fama de ser la mejor de toda la provincia, por la amenidad de sus jardines, la frondosidad de sus arboledas centenarias y las muchas fuentes rumorosas que sombrean grupos de odoríferas magnolias y graves cedros del Líbano. Fundada desde el siglo XVIII, ostenta una vejetación antigua y noble, de aire aristocrático; pero el realce de la belleza natural se lo presta el

ancho río Amega, que baña los lindes de la finca y besa los pies á sus tupidas espesuras. Se baja al río por sotos de castaños y pintorescas sendas abiertas entre robledas y pinares; y ya á orillas de la corriente, se descansa en praditos salpicados de flores y orlados de cañaveral y espadaña.

Con infinita tristeza evoco ahora este cuadro, que entonces me pareció tan encantador. Madrugamos y salimos de la ciudad en el mismo coche, bajo la égida de una hermana de María, casada ya. El camino se me hizo cortísimo. ¡Cruzar en carretela descubierta una comarca risueña y llena de poesía, á aquella hora matinal diáfana y suave, y teniendo enfrente á María Azucena que me sonreía con ternura! Su velo de gasa dejaba entrever sus facciones al través de una fina nube, y la sombra del ancho pajazón oscurecía el misterio de los ojos y hacía resaltar la flor de los labios, encendida como un deseo... Por instantes furtivamente, yo apretaba su manita calzada con guante de Suecia, y ella respondía á la presión lo mismo que si dijese: «conformes...»

Fuimos agasajados al llegar, y antes

de que el calor apretase, descendimos al río, á cuyas márgenes, á la sombra, debíamos saborear el campestre almuerzo. En un prado donde crecían mimbres y olmos, nos situamos para presenciar la redada. La trucha que que abunda en el río Amega, suele refugiarse sibaríticamente, durante la canícula, en ciertas hondonadas ó pozos profundos llamados en el país *frieiras*, donde encuentra el agua helada casi. Tendida la red al través del río, entran en él unos cuantos gañanes alborotando el agua, desalojan á la trucha de su retiro, y la obligan á correr espantada hacia la red: cuando esta se encuentra bien cargada de pesca, sácanla á brazo sobre la hierba y la vacían; allí coletean como pedazos de plata viva los peces, que pasan sin demora á la caldera ó á la sartén. Tal espectáculo fué el que disfrutamos y despertó en María Azucena vivísimo interés.

Entre los gañanes que arremangados de brazo y pierna acababan de entrar en el río, uno sobre todo mereció que mi novia no apartase de él los ojos. Era un fornido mocetón que frisaría en los veinte años, y desplegaba vigor

sorprendente para arrastrar la pesada red y sacarla de la corriente. Semi-desnudo, como un pescador del golfo de Nápoles; bajo el sol de Agosto que prestaba tonos de *terracotta* á sus carnes firmes y musculosas de trabajador, tenía actitudes académicas y bellas, al atirantar la cuerda y jalar briosamente de la red. Yo acaso no lo hubiese reparado, si la voz de María Azucena, animada por el entusiasmo, no exclamese á mí oído:

—Mira, mira ese mozo... ¡Qué fuerzas! El solo trae la red... Parece una estatua de museo. ¡Da gusto verle!

Me estremecí y sentí frío en el corazón. Evoqué mi propia imagen, lo que sería yo con la vestimenta y en la postura de aquel gañán. Mis brazos darían lástima; mis piernas se prestarían á una caricatura. Ni una pulgada acercaría la red á la margen el esfuerzo raquítico de mis pobres músculos de burgués. ¿Cómo no había notado antes esta inferioridad de mi cuerpo? ¡Valiente novio, que ni aun podría llevar á cuestas á su novia por los senderos desde el río hasta la finca! ¡Oh miseria, oh desesperación! ¡Cuánto me humillaba el Apolo campesino que tachonado

de gotas de agua donde el sol encendía los colores del iris, sonriendo en su vigor juvenil, tendiendo sus brazos dorados y robustos, ofrecía á la mirada de María Azucena la encarnación de un ideal antiguo, la perfección física demostrada por la acción y la energía muscular!

Pálido y descompuesto, me llevé de allí á mi futura, y emboscándome con ella detrás de unos sauces, la postrofé, profiriendo reconvenciones exaltadas, quejas brutales, ayes que me arrancaba el dolor... Roja de vergüenza, me miraba atónica, seria, apretando con las manos el pecho, á fin de contenerse... Vi brillar en sus ojos la chispa de la dignidad mortalmente ofendida, y conocí que estaba perdido.

—No podemos casarnos — articuló María por último, lentamente.—¡Seríamos tan infelices!

Y, como el que se suicida, repetí en voz sorda:

—¡Seríamos tan infelices!

No hubo más explicación. María Azucena y yo no volvimos á cruzar palabra. ¿Para qué? En breves momentos, ella me había sondeado el alma... y yo había conocido también la intensidad de mi mal incurable.

# LA FERIA
# DE SANTIAGO APÓSTOL

Es ocasión oportuna de recordar la solemnidad de esta feria consagrada al Patrón de las Españas, porque el de 1897 se cuenta en el número de los *Años Santos* ó de Jubileo plenísimo; la festividad de Jacobo, *Hijo del Trueno*, cae en domingo; y desde primero de Enero la *Puerta Santa* de la Catedral, rigurosamente tapiada los demás años, habrá sido abierta, dando el primer martillazo el Arzobispo, á fin de que pasen por ella los absueltos pecadores.

Santiago de Compostela ó de Galicia es, de las ciudades españolas, la que mejor recuerda la Edad Media religiosa. En Avila, con sus murallas al-

menadas y defendidas por recios cubos, veréis patente el estado de guerra; en Salamanca, con su ostentosa Universidad, el espíritu científico del Renacimiento; en Toledo el yugo de los árabes y el último esfuerzo de nuestras instituciones autónomas; pero en Santiago lo domina todo la *catolicidad;* los recuerdos de Santiago pertenecen á la fe del mundo entero. Durante la Edad Media, Santiago emuló á Jerusalén y á Roma; para ponderar la cantidad de indulgencias de una basílica romana, se decía que poseía «tantas como Santiago de Galicia». Los macarrónicos versos del buen licenciado Molina nos dan idea de este cosmopolitismo:

. . . . . .
Vlsítale Francia, Italia, Alemaña,
Hungría, Bohemia, gran parte de Grecia,
Los negros Etiopes, Hibernia, Suecia,
Caldea, Fenicia ni Arabia se extraña,
Y más Inglaterra, con Flandes, Bretaña,
Del Gran Preste Juan, de Armenia y de Frisia,
Teniendo tal cuenta con esta Galicia
Los cuales afrentan á nos los de España.
. . . . . .

La enumeración de Molina, que es más larga y saca á relucir pueblos muy

extraños, da color de verdad á la conocida paradoja de que hoy, con tanto ferrocarril, se viaja menos que en la Edad Media. A fe que pocos finicios y caldeos andarán ahora rodando por Europa.

En la decaída y destronada Santiago, el recuerdo de los años de Jubileo en que se daba la comunión en la plaza de la Quintana, por no caber la gente en las naves y en los claustros, revive al leer en el témpano de dos confesonarios de la Catedral esta inscripción: «*Pro linguis Italo et Gallica.*» — «*Pro linguis Germanica et Hungarica.*» Con el desuso, no me atrevería yo á apostar que un húngaro pudiese confesarse hoy allí en su lengua natal, á pesar del letrero.

La descripción del esplendor de Santiago en el siglo XII nos la ha legado un testigo presencial, el que después fué Calixto II, Papa. Sería curioso compararla á la que trazase un *turista* moderno de la actual Feria del Apóstol. La del peregrino medioeval, guardada en ricos códices con elegantes letras capitales, tiene la animación y la brillantez de un buen artículo de periódico contemporáneo; hace entrar por

los ojos y los oídos el espectáculo que describe. Nos ciega la luz de los millares de cirios que alumbran la nave como si fuese medio día, y escuchamos los cánticos en innumerables lenguas y dialectos, y el sonido de los instrumentos desconocidos hoy: de los salterios, de las cítaras de las «ruedas británicas y gálicas». Diríase que nos rodea la exaltada muchedumbre, esa marea viva de gente venida de los confines de la tierra, cuyos pies sangran aún de la caminata, y que lloran sus pecados, cantan salmos, dan limosna, sueltan las muletas, hacen sonar las cadenas que arrastran por mortificación, acarrean hierro y plomo para la fábrica de la basílica, ó enseñan las esposas y grillos de su cautiverio, rotas por la intercesión del Apóstol. Y vienen más, y más todavía, y resuena bajo las bóvedas aquel clamor terrible, aquel *trueno del labio* grato á San Jacobo, envuelto en las cláusulas del himno de los peregrinos flamencos, irrespetuoso é ingenuo como la niñez:

**¡Herru Sanctiagu!**
**¡Got Santiagu!**
**¡Eultreja, Esusejal**
**¡Deus, Adjuva nos!**

¿Qué le resta hoy á la ciudad del «Señor Santiago» de aquel tiempo en que el mundo entero le rendía parias? —En primer lugar, los monumentos. Ellos solos valen el viaje, y aconsejo á los arqueólogos de afición que no pierdan el Jubileo de 1897, el último jubileo de este siglo. Verán abierta la sacra puerta de las veintisiete estatuas, y oirán á los ciegos cantar las mismas canciones plañideras que cantaban allá por los tiempos de Aymerico. Verán la maravilla del arte románico, la gran composición simlica de Mateo, el famosísimo *Pórtico de la Gloria*, admiración de los extranjeros, joya de la Catedral. Es este Pórtico la entrada de honor de la basílica, da ingreso á la extensa nave llamada *de la Soledad*. Las esculturas que enriquecen este pórtico celestial tienen esa belleza mística que no consiste en la perfección del dibujo, ni en lo dramático de la actitud, sino que, despreciando la línea tan cultivada por los griegos, emula sin embargo al arte helénico y acaso le vence en presentar una serenidad divina. Sólo la casta beatitud de los ángeles de Memuding puede dar idea de la felicidad y la calma que respiran las

cabezas de los bienaventurados en el Pórtico de la Gloria; de su misteriosa sonrisa, que parece bañada por el azul del firmamento y por la luz clarísima de las estrellas en una apoteosis del Paraíso. ¡Qué dichosos son los bienaventurados del Pórtico! ¡Y qué deliciosos los acordes que arrancan los Ancianos, allá en la archivolta, tañendo sus laúdes, sus tiorbas y sus salterios! ¡Qué devotamente reza, postrado al pie de su obra, el arquitecto de rizosa melena, el *Santo de los coscorrones*, contra cuya testa de piedra van los aldeanos á tocar la de sus hijos para que se les pegue el meollo!

Después de los monumentos, las fiestas del *Apóstol*, que ciertamente conservan un sello de otros tiempos, á despecho de los ediles, empeñados, ya se sabe, en modernizar cuanto Dios crió y en acabar con lo antiguo. Por fortuna la tradición es muy mala de acogotar, y la tradición impera todavía en Santiago y preside á los festejos, comunicándoles gracia y poesía. Los recios tapices de la Catedral salen á relucir en esos días solemnes, y adornan los claustros y las naves; las procesiones, aunque no sean ni sombra de la

que con pinceladas tan lujosas realistas puso ante nuestros ojos aquel Calixto II que era para su época un Teófilo Gautier, son sin embargo bellas y solemnes; y mientras desfilan acólitos, cantores, beneficiados, dignidades, con lujosas vestiduras, con ornatos de tisú, y el Cardenal-Arzobispo revestido de pontifical; mientras resuena en las losas el acento de los altos cetros, y el órgano y las chirimías mezclan sus voces graves y agudas, el colosal *botafumeiro* (*del* cual, entre paréntesis, nunca dijo palabra Víctor Hugo, que seguramente ignoraba hasta su existencia) como gigantesca mariposa de plata vuela describiendo su magnífico arco y derramando á raudales la nube aromática del incienso. El cumplimiento del voto de *Santiago*, la ofrenda que le envían los Reyes de España, es una ceremonia imponente: el Gobernador se arrodilla y dirige al Apóstol, á la efigie en hábito de peregrino, con pesada esclavina de plata, una arenga en nombre del monarca reinante: ¡situación embarazosa para los funcionarios que tienen poca voz, ó poco desparpajo, ó una facha ridícula, ó un catarro crónico!

El gran regocijo popular de la feria de Santiago es el *fuego*. El campesino de Galicia adora esta clase de diversiones; la prefiere á todo, y gasta en funciones de pólvora sin reparar, así le cueste privarse del sustento. Desde la tarde del día en que han de quemarse los fuegos, 24 de Julio, despuéblanse los contornos de Santiago, y la multitud se estaciona apiñada, hormigeante, de pie, ó acurrucada en el suelo: no quieren perder el sitio conquistado, cara á la fachada del *Obradoiro*, que forma uno de los lados de ese asombroso cuadrilátero llamado Plaza del Hospital, constituído sólo por cuatro edificios. Al abrigo de los amplios soportales del Consistorio, se colocan los más felices entre los espectadores; los otros aguantan, entre los vaivenes y oleadas de un mar humano, diez ó doce horas sin comer y sin sentarse, habiendo ya resistido quizá otras tres ó cuatro en la *Quintana*, á fin de no perder las emociones violentas del *fuego rastrero*, bombas que van á flor de tierra, y que á lo mejor están entre lo más apretado de la concurrencia.

Los que aguardan resignados en la Plaza del Hospital entretienen la espe-

ra cantando lentas y frescas melodías populares, que producen un efecto original, melancólico y grato, oídas de noche, desde el balcón del Consistorio. El premio de la larga centinela es realmente espléndido: cataratas de chispas de oro; millares de lágrimas de fuego; ruedas de granates y esmeraldas; fantásticas sierpes de zafiro que giran y giran despidiendo reflejos como los que arranca la aurora boreal á los monolitos de hielo, y, por último, la inmensa fachada toda vestida, como una reina en día de bodas, de una túnica luminosa, franjeada de oro, esmaltada de pedrerías, rubíes, topacios, brillantes; una arquitectura de luz destacándose sobre la oscura noche, y allá en lo más alto de la Catedral la roja cruz de Santiago, el emblema de nuestros días heroicos.

La feria de ganado, pintoresca, bulliciosa, tiene por real el campo de Santa Susana, donde se alza una iglesia veneranda y antiquísima. Allí se chalanean los caballejos del país, raza vigorosa, ligera como el rayo, sobria, y á la cual no se le conoce más defecto que un exceso de galantería. Como uno de esos *facos* olfatee nada más que el

rastro de una congénere, ni setenta demonios juntos alborotan así: relinchos, coces, mordiscos, huídas, son flor de cantueso: el *faco* es capaz de arrojarse (y arrojar á su jinete, por supuesto) de la veleta de una torre abajo. Descartada esta contingencia amorosa, el *faco* gallego es una alhaja baratísima; como que en la feria de Santiago he visto comprar caballos al precio inverosímil de *veintiún cuartos* (menos de tres reales). Verdad que parecían ratas peludas.

Otra especialidad de la feria de Santiago son las ruecas. Las hay muy elegantes, taraceadas, incrustadas, artísticas á su modo. Es decir, las había; ya se ven menos cada año. La rueca se va como se van otras cosas... Como se han ido las peregrinaciones á este Sepulcro que atraía á los fieles punto menos que el de Cristo.

---

# CUATRO ESPAÑOLAS

La primera ciñe corona: soberana propietaria de Castilla, reina de Aragón por su consorcio con Fernando, Isabel simboliza la felicidad política y la ciencia de gobernar y engrandecer á un pueblo, practicando las enseñanzas máximas del Cristianismo en toda su pureza y sublimidad.

Lo más simpático y precioso de Isabel (rasgo, por otra parte, frecuente en las mujeres extraordinarias que España produjo), es su normalidad física, intelectual y moral. Ninguno de sus dichos y hechos puede calificarse de extravagante, violento ó caprichoso: son sus afectos y movimientos psíquicos naturales, claros, puros como el agua de limpia fuente. Intrépida gue-

rrera cuando recorre al trote de su alazán los reales de Málaga y Granada, se convierte en hilandera paciente y humilde cuando quiere dar ejemplo de laboriosidad y modestia volteando el huso. Magnífica en las solemnes ceremonias, es en su casa ejemplo de sencillez. Generosa hasta despojarse de todo lo que posee á fin de alentar vastos planes, economiza estrictamente en el gasto diario, y á cada dobla que ahorra piensa que ahorra al pechero una lágrima. Es siempre reina: no olvida jamás su cargo, y, sin embargo, *tiene hogar;* en el palacio de los reyes de Castilla y Aragón arde el fuego sagrado de los dioses Lares. Creyente y llena de fe, con derecho á la severidad por la santidad de su vida, Isabel practica la virtud esencialmente cristiana de la tolerancia; no es su mano la que atiza el cruel brasero.

No creáis que no late bajo su blasonado corpiño un corazón de mujer, de amante, de madre apasionada. La infidelidad del esposo, la muerte del hijo, la trágica demencia de la hija, le traspasan como agudos clavos; pero la herida no se ve. Isabel llora en secreto; sabe que tiene que sustentar un inmen-

so edificio: el imperio español, que ella dilató más allá del Océano, y que sus hombros femeniles son hombros de Atlante. Moralmente, cuando ella muere empieza á desmoronarse España.

Si el sentido sálico no trascendiese hasta á los extremos de la piedad, se vería que antes de pretender canonizar á Colón, debiéramos ceñir con la aureola de la santidad la cabeza de Isabel. Canonizarla sería interpretar la convicción de nuestros espíritus, que coronan á la abogada de la patria de estrellas inmortales.

En los altares se eleva la efigie de Teresa Cepeda, la paloma, el serafín encendido, el profundo filósofo del amor, el maestro en teología mística, el poeta del éxtasis. Con destinos tan diversos, no hay almas más semejantes, más gemelas que las de Isabel de Castilla y Teresa de Jesús. Nota dominante en ambas: la rectitud, la salud, el equilibrio admirable y perfecto de las potencias, el valor, la firmeza y, por corona, el carácter sexual, la *feminidad* clara y poderosamente revelada en todas las manifestaciones de su genio.

Y en primer término, como distin-

tivo de la condición femenil, la amabilidad, la gracia en el trato, la efusión, la ternura. Puede la misma santidad hacerse aborrecible cuando reviste forma de gélido puritanismo, cuando se muestra seca y antihumana; pero vedla unida á la efusión del alma, al sereno buen humor, á la caridad universal, y os arrodillaréis ante ella y mojaréis con lágrimas la señal de sus pasos. Admiramos en Teresa al psicólogo místico, al émulo de San Buenaventura, al clásico que enriquece el idioma castellano, á la enérgica fundadora y reformadora, á la Doctora y Madre de la Iglesia; pero lo que en ella amamos es la mujer que habla como ingenua niña, ó como sencilla vejezuela castellana refiriendo junto al fuego consejas y pasadas historias; la enamorada del cielo, en cuyos labios ardientes se depuran las cláusulas del viejo epitalamio oriental; la que compadece al demonio porque no ama, y define el infierno, no por sus torturas, sino por la ausencia del amor; el corazón inmenso, en que caben juntos los dolores humanos, y tienen lugar y acogida, no sólo los pecadores, sino los herejes; corazón atravesado por el dardo de llama

del casto deliquio, y en el cual, muchos siglos después de helada la sangre que lo hacía latir, todavía el fuego se desborda y cría las espinas de la corona pasional, las espinas de Cristo.

Por ser toda ella armonía y sencillez y familiaridad, y candor—hasta su estilo literario, maravilloso en sus castizas incorrecciones,—ha fracasado y fracasará siempre el intento de identificar á Santa Teresa con las poseídas y las energúmenas y las tentadas de espíritu y las alumbradas de su tiempo: las Marigómez, las Catalinas de Jesús. Entre el murillesco rompimiento de gloria que rodea su imagen, Teresa parece una de esas Concepciones que purifican y encielan, con su extática actitud, el gran misterio femenino del amor. A otra monja, Sor Catalina de Erauso y Pérez de Galarraga, no podemos darle por característica la normalidad.

Con razón se la ha calificado de fenómeno antropológico. No lo es por su rara bizarría y valor militar: que heroínas sobran en España, y las invasiones y terribles asedios que padecimos dieron lugar á que las mujeres realizasen con sus débiles manos nunca

oídas proezas. Mas las otras heroínas se diferencian de Catalina de Erauso en que lo fueron accidentalmente, compelidas por las circunstancias, mientras la *Monja Alférez*, halcón criado en un nido de tórtolas, no pudo volar sino en el ambiente donde se respiran emanaciones de pólvora y sangre.

A los dieciséis años, Catalina, ya monja profesa, se ahoga entre los muros del convento; logra evadirse, viste hábito de varón y pasa á América, y se arroja de cabeza á la vida militar, tomando parte en las rudas guerras de conquista del territorio indiano. Nadie sospecha su verdadero sexo. La ayudan á disimularlo la dureza de sus facciones, propias de la raza vascona, cortadas en planos rígidos y trazadas con líneas rectas; lo aventajado de su estatura, y lo raso de su tabla de pecho, porque aquella Clorinda, enemiga de todo signo de debilidad, con raro instinto, desde muchacha se había dejado tamañitas á las amazonas, aplicando á sus dos senos un emplasto que los allanó y secó. Sus hazañas la distinguen, y de soldado raso sube á alférez: el capitán Guillén de Casanova la elige pa-

ra las salidas más peligrosas; su cuerpo está acribillado de heridas, que cura en secreto, por no descubrir el enigma de su ser; y sólo cuando se ve á punto de muerte, desangrándose, lo revela al Obispo de Guamanga, y salvada por milagro, va á arrojarse á los pies del Papa, implorando el perdón por haber violado el voto de clausura. Sólo el de clausura, entiéndase bien, porque la *Monja Alférez* no quebrantó los demás, y uno de los rasgos curiosos de su fisonomía moral es la castidad áspera y bronca que supo guardar entre la licencia de los campamentos y los azares de la soldadesca vida. Al aplicarse el emplasto del droguero italiano, Catalina suprimió también las flaquezas, no del sexo, sino de la humanidad. «Trae la espada bien ceñida, y así la vida», dice de Catalina Pedro de la Valle.

Este Aquiles hembra, esta virago, es un tipo étnico. Española genuína hasta la médula, religiosa y sanguinaria, la *Monja Alférez* personifica nuestro espíritu aventurero, fuente y origen de nuestras glorias.

Sin rebuscado contraste, la faz viril de Catalina de Erauso realza el dulce

rostro de Fernán Caballero (1), otra disfrazada de hombre, pero sólo en las letras, y disfrazada tan mal, que para no reconocer el sexo tras el pseudónimo habría que ser ciego del alma. Cecilia (¡cuánto mejor la sienta este musical y delicado nombre!) es la más *femenina* de las cuatro, aun incluyendo á Santa Teresa. Es también la menos española en el carácter, aunque lo sea á macha martillo en los sentimientos, tal vez exaltados en un sentido reaccionario que la castellana Isabel, gran *progresista* en su tiempo, no aprobaría.

La sangre germánica que corría por sus venas predispuso á Cecilia Bohl de Faber, después marquesa de Arco Hermoso, al idealismo y al ensueño. Su mente, revestida de un cristal de cambiantes colores, lo embellecía y lo poetizaba todo. Si Cecilia hubiese sido hombre, y su sexo no la obligase á cultivar ese sentido práctico y esa noción exacta de la realidad que necesita y posee la mujer, de fijo caería en em-

---

(1) Fernán Caballero nació en un pueblecillo de Suíza; pero siempre quiso ser tenida por española, insistiendo mucho en la circunstancia de que su madre había salido de España embarazada ya.

palagoso optimismo literario; se asemejaría á Trueba, su discípulo, de quien ella solía decir con gracia: «Escribiendo, Trueba parece la hembra, y yo el varón.» Mas á vueltas de sus labores domésticas y sus limosnas ocultas; charlando, por satisfacer el instinto maternal de la mujer estéril, con los chiquillos, y observando, por costumbre también femenil, la trama de la sociedad y las costumbres del pueblo, aquella soñadora idílica, aquel temperamento á lo Gessner, trajo á nuestras letras la franqueza realista, y se le debió el renacimiento de la novela, entregada como en feudo á Walter Scott.

De Cecilia procede Pereda y sus cuadros rurales y acuarelas de la montaña; de Cecilia vienen, en línea más ó menos directa, nuestros costumbristas y nuestros paisajistas mejores; de Cecilia, la suave Cecilia, desciende el fustigador Padre Coloma.

Las cuatro mujeres, tan diferentes en su papel histórico, en sus raras aptitudes, en su biografía y en sus condiciones morales, ofrecen, sin embargo, rasgos que las armonizan y las unen. Las cuatro son en el mismo grado, con

el mismo ardor, con idéntica sinceridad, católicas y patriotas: españolas netas.

---

# EL RIVAL

---

La única mujer que me ha trastornado inspirándome algo espiritual, algo dominador—dijo Tresmes evocando uno de sus recuerdos de galanteador incorregible,—ni era bonita, ni elegante, ni descendía del Cid... Por no ser nada, tengo para mí que ni aun era *virtuosa*, en el sentido usual de la palabra. Para mí virtuosa fué, ó dígase inexpugnable; y acaso sea esa la verdadera razón de mi sinrazón,— porque, créanlo ustedes, estuve loco.

Ante todo referiré cómo la conocí. Es el caso que otra mujer, Marcela Fuentehonda... ¿No os acordáis? ¡Fué tan público aquello! Sí, Celita, mi prima, á la sazón mi *doña Perpetua* (ya íbamos cansándonos de constancia, pre-

ciso es decirlo en elogio de los dos), un día en que nos aburríamos más de la cuenta y temblábamos ante la perspectiva de pasarnos la tarde entera poniendo bostezos de á cuarta entre un *paloma* y un *mía*, me propuso lo que acepté inmediatamente: ir á consultar á una adivina, sonámbula, ó qué sé yo qué, recién llegada de París. Dicho y hecho; nos embutimos en un simón—á esas cosas no se suele ir en coche propio,—llegamos á la calle de la Cruz Verde, nombre fatídico que recuerda la Inquisición, subimos una escalera destartalada y entramos en una salita con muebles antiguos, de empalidecido damasco carmesí...

—¿Y cómo es que una hechicera parisiense se había metido en tal tugurio?—preguntamos al vizconde.

—¡Ah! Ella vivía en un hotel, pero para mayor misterio consultaba en aquella vieja casa, que desde tiempo inmemorial habitan las brujas de Madrid. Sí: es una morada—lo averigüé entonces,—donde nunca falta quien eche las cartas y practique los ritos quirománticos.

Soltamos la carcajada, sin que Tresmes uniese su risa á la nuestra, de un superficial escepticismo.

—Esperamos — continuó — cosa de media hora, y la espera irritó la curiosidad. Sin embargo, tomamos la cosa como travesura. Cuando nos hicieron pasar al gabinete nos dábamos al codo. Aunque era día claro, en Abril, las seis de la tarde, las ventanas estaban cerradas herméticamente, y la habitación, revestida de paños negros, la alumbraban cirios en candeleros de plata. Ante una mesita con tapete de raso negro vi sentada á la bruja. ¿Me permiten ustedes que la llame así? ¡Como que jamás he sabido su verdadero nombre!

—Vaya por bruja,—respondimos entre burlones y condescendientes.

—La bruja, pues, era una mujer joven, pálida, muy pálida, casi demacrada, cuyos ojos, de un color de avellana amarillento, hervían en chispas de luz como la venturina al sol. Sus labios eran demasiado rojos; su pelo, lacio, negro, abundante, debía de pesarle. Vestía una bata grana y llevaba al cuello un collar de amuletos egipcios...

—¡Estaría hecha una birria!—exclamamos algunos, que habíamos determinado poner en solfa el cuento de Tresmes.

—Eso opinó Celita cuando salimos á la calle—repuso él;—pero ¿qué sabemos lo que es *risible*, lo que es *ridículo?* El convencionalismo social dicta leyes, la pasión no las conoce... Desde que puse los pies en el gabinete negro de la bruja me sentí, ¿cómo explicarlo? *fuera* de ó *sobre* lo convencional. Mi prima Celita, intachablemente vestida, me produjo el efecto de una muñeca. Los ojos de la bruja me habían sorbido el corazón.

Sin levantarse, sin ofrecernos asiento, nos preguntó cual era el objeto de nuestra visita.

—Que nos diga usted la buenaventura—gritó Celita aturdidamente.—Mi hermano y yo (al decir *hermano* me miraba con malicia involuntaria) queremos conocer el porvenir.

—Denme ustedes á un tiempo la mano—contestó la bruja;—y reuniendo mi diestra abrasada y temblorosa con la de Celita, pronunció lentamente sin mirarnos, con los ojos puestos en el techo: «Hermanos, no. Enamorados, Parientes... y ligados por un lazo que se rompe...»

Nos miramos con miedo. No cabía más amarga y completa lucidez. La

bruja soltó mi mano, conservando asida la de Marcela; la abrió la palma y me hizo señas de que alumbrase con un cirio.

—¿Debo decir la verdad?—preguntó gravemente.

—Venga la verdad,—tartamudeó Celita impresionada.

—Pues la línea de la vida en usted hace una rápida inflexión, ¡tan rápida...!

—¿Es... presagio... de muerte?

—Pudiera serlo... No lo afirmo así, en absoluto, pero... convendría que tuviese usted cuidado...

Celita quiso reir, pero su risa era forzada y su cara estaba lívida.

—¿Y yo?—pregunté para distraerla, tendiendo á mi vez la mano. La bruja la tomó y sentí como una fuerte corriente eléctrica que atravesaba mi cuerpo.

—Usted... ¿A ver? Tenga la bondad de alumbrar, señora... ¡Oh! ¡Larga, muy larga existencia! Ni los excesos ni los placeres han conseguido atacar la vitalidad. A no ser por muerte violenta... La sangre que veo—continuó con una especie de extravío—es ajena. ¡Esta mano sabe dirigir la bala!

Tresmes calló un instante, preocupado; todos le imitamos, recordando su famoso desafío con Lamira, á quien había clavado una en mitad del corazón.

—En fin—prosiguió después de un rato de silencio,—salimos de allí, y aunque Celita declaraba haberse divertido muchísimo, en realidad íbamos los dos preocupados; ella, temblando ante la idea de la muerte; yo, sin poder olvidar el rostro descolorido y los ojos de venturina. Al otro día, á la misma hora, me fuí solo á la calle de la Cruz Verde. Recibido por la bruja, no sé qué la dije; la confesé el atractivo que en mí ejercía, la fuerza psíquica que tenía sobre mí. Helada y serena, me señaló una silla, y emprendimos larga conversación, entre el olor de iglesia de los encendidos cirios y el tétrico silencio de una habitación tan semejante á un catafalco.

Algo emanaba de aquella mujer que yo no había hallado en ninguna. Conocedor y experto en el género—creo que ustedes saben que no es jactancia;—coleccionista de impresiones femeniles; aficionado al amor como otros al objeto de arte, encontraba allí lo *nuevo,*

—y nada escasea en amor como la novedad.—Si he de definir mis sentimientos por medio de una paradoja, diré que al lado de la bruja experimentaba lo que llamaré *frío ardiente.* Todo en ella era glacial: su piel marmórea, lisa, semejante á un témpano; su rostro impasible de sibila; su habla solemne; el mirar de sus ojos de ágata, transparentes como la superficie de un estanque. No necesito decir que rompí con Celita; fué un trueno silencioso; sencillamente, no volví á poner los pies en su casa. Pasaba las tardes en el gabinete negro, tratando de leer en el alma enigmática de mi bruja, ¡en su alma, lo único de que yo tenía sed! Averigüé que no era francesa, sino dinamarquesa; que no tenía familia; que desde los quince años rodaba por el mundo, y que estaba casada, aunque no vivía con su marido.

—Mi esposo—díjome un día con orgullo—es un príncipe de la más ilustre progenie; sus dominios son tan vastos, que jamás podrá medirlos; su poder no tiene límites; ningún soberano compite con él. Como sabe que tantas mujeres le adoramos, nos hace poco caso, y nos es infiel sin cesar. Conmigo sólo

pasó un día—el de nuestras bodas...—y desde ese día le idolatro. ¡Nadie borrará su recuerdo, nadie!

Al pronto me causó extrañeza la conseja del príncipe archimillonario y poderosísimo que deja á su mujer ganarse la vida diciendo la buenaventura; pero después, una idea hirió mi imaginación, y se me ocurrió que el tal príncipe sólo podía ser... Ea, si se ríen ustedes, me callo. Ese *personaje* no está de moda, y sin embargo, ¡caramba, confiésenlo! en él *nos movemos, vivimos y somos* todos los pecadores y epicúreos de la coronada villa y de cuantas villas existen. La ocurrencia de que el esposo de la bruja era ni más ni menos que... el mismo *Diablo*, me empeñó más en su insensato amor, sin esperanza alguna. ¡Rival de Lucifer! Eso no se ve todos los días. Al tocar la mano de la bruja, el hielo de su piel me encendía el alma. Llegué á creer lo que cuentan de la posesión diabólica...

—¿Y cómo acabó esa rara manía, vizconde?—insistimos.

—¡Ah! De un modo extraño también. Ustedes me dirán si me equivoco... Oigan ustedes. Estaba yo más embe-

becido que nunca en mi pasión del otro mundo, cuando, casualmente, al leer un periódico, me encuentro con la noticia de que Celita había muerto. Una imprudencia á la salida de un baile, un enfriamiento... En fin, que aquel día la enterraban. Profundamente emocionado al ver realizada la profe cía de la bruja, resolví acudir al funeral; ¡no podía hacer menos! Al entrar en una iglesia por primera vez después de muchos años, creí divisar á la bruja en la puerta, abriendo sus brazos blancos y sin calor para estorbarme el paso. Instintivamente—¡hábitos de la niñez!—me persigné, murmurando restos de una oración casi borrada de mi memoria. Entonces desapareció la figura de mujer, y vi el ataúd de Celita cubierto de paños negros, y oí con terror, ¿á qué negarlo? los rezos de difuntos... Me prosterné de rodillas, hecho un doctrino. ¡Pobre Celita! Hubiese jurado que su voz, llorosa y débil, pronunciaba mi nombre... Se me humedecieron los ojos... y fué como si me arrancasen del pecho una raíz muy larga de planta venenosa; se me borró enteramente la imagen de la bruja. Ni volví á pasar por

la calle de la Cruz Verde. ¡Cuando pienso que, ocho días antes, me había revolcado á sus pies, rogándola que se divorciase de mi rival y aceptase mi mano...!

Y Tresmes, sacudiendo la ceniza del cigarro, añadió:

—Ente el amor, más aún que ante la muerte, debemos reconocer que *no somos nadie*... Polvo y ceniza.

---

# ACCIDENTE

Bajo el sol—que ya empieza á hacer de las suyas, porque estamos en Junio,—los tres operarios trabajan, sin volver la cara á la derecha ni á la izquierda. Con movimiento isócrono, exhalando á cada piquetazo el mismo ¡áhum! de esfuerzo y de ansia, van arrancando pellones de tierra de la trinchera, tierra densa, compacta, rojiza, que forma en torno de ellos montones movedizos, en los cuales se sepultan sus desnudos pies. Porque todos tres están descalzos, lo mismo las mujeres que el rapaz desmedrado y consumido, que representa once años á lo sumo, aunque ha cumplido trece. La boina, una vieja de su padre, se le cala hasta las sienes, y aumenta sus trazas

de mezquindad, lo ruin de su aspecto.

Es el primer día que trabaja á jornal, y está algo engreído, porque un real diario parece poca cosa, pero al cabo de la semana son ¡seis reales! y la madre le ha dicho que los espera, que le hacen mucha falta.

Hablando, hablando, á la hora del desayuno se lo ha contado á las compañeras, una mujer ya anciana, aguardentosa de voz, seca de calcañares, amarimachada, que fuma tagarnina, y una mozallona dura de carnes, tuerta del derecho, con magnífico pelo rubio todo empolvado y salpicado de motas de tierra, á causa de la labor.

—Somos nueve hermanos pequeños —ha dicho el jornalerillo—y por lo de ahora, ninguno, no siendo yo, lo puede ganar. Ya el zapatero de la Ramela me tomaba de aprendís; solamente que ¡ay carambo! me quería tener tres años lo menos sin me dar una perra... Aquí desde luego se gana.

—En casa éramos doce—corrobora la tuerta, con tono de indefinible vanidad,—y mi madre baldada, y yo cuidando de la patulea, porque fuí la más grande. ¡Me hicieron pasar mucho! Peleaba con ellos desde l' amanecere.

A fe, más quiero arrancar terrones. Había un chiquillo de siete años que era el pecado. Me metió un palo de punta por este ojo y me lo echó fuera...

Y la vieja, entre dos chupadas, declaró sentenciosamente:—El que con chiquillos se acuesta... Yo, ende viendo uno (que sea ajeno, que sea mi nieto), le levanto la ropa y le pego un buen azote...

No era verdad; el vecindario de aquel pobre barrio extramuros sabía que la bruja de la voz carrascuda, aun cuando tuviese el cuerpo muy lastrado de líquido, no se metía en realidad con nadie; pero andaba siempre alabándose de abofetear al uno y destripar al otro. Y la tuerta, con expresión de malicia, guiñó su ojo viudo, sonriendo al escuchimizado rapaz.

Desde que sonó la hora cesaron las confidencias. La taciturnidad del trabajo monótono pesaba sobre los espíritus, adormilándolos, como si el aire que sus pulmones absorbían afanosamente en el trajín les barriese las ideas del seso. Su faena mecánica les atontaba, quitándoles del pensamiento cuanto no fuese la repetición incesante, espaciada por la acción del alzar y

bajar la piqueta, del golpe que había de socavar aquella trinchera formidable, desmontando tierra y más tierra, que se llevaban los carros ni sabían los jornaleros adónde.—¿Qué les importaba, además?

El rapaz, Reimundo, trabajaba, lo mismo que las dos mujeres, por cuenta de un contratista, hombre agenciador, que hacía el negocio de proporcionar gente á los que tenían obras en planta, cobrando los jornales á peseta y abonándolos á real. ¡Vaya! Para eso, con él, seguros estaban de tener *choyo* todo el año.

No sospechaban, y si lo sospechasen no les importaría, que aquella tierra se destinaba á rellenar un parque en una quinta próxima. Nutriría con sus jugos, en vez de ortigas y cardos, las plumeadas araucarias, las palmeras elegantes, las fragantes magnolias, las camelias indiferentes á todo en su charolado orgullo. La trinchera, abierta por la construcción del nuevo camino que á la estación conduce, es alta y muestra las zonas de color de las capas del terreno. El trabajo de excavación ha abierto en ella una cava, que ya ofrece sombra cuando el calor arrecia,

en aquella hondonada que limitan dos taludes y que no refresca el abanicar del aire de la ría. Y los jornaleros truecan chanzas cuando se enteran de que ya les cobija el desmonte.

Luego, á darle á la piqueta, á darle duro. ¡A-hum! El rapaz se siente desfallecer de cansancio. Es fuerte el trabajo así, el primer día, sobre todo el primer día. Los brazos parece que se los han apaleado, de tanto como le van doliendo. Las compañeras se ríen.

—¡Mocoso! ¿Pensaste que era como jugar á la billarda?

El amor propio, el pundonor le reaniman. Alza la piqueta con más ánimos. Se acuerda del contratista, de la ojeada de desprecio con que le dijo al concederle jornal:

—Te tomo... no sé por qué; no vas á valer; estás esmirriado; eres un papulito que siquiera puedes con la herramienta...

¿Esmirriado? Ahora se vería si las otras, las *femias*, hacían más... La tuerta notó el arrechucho del novato, y le dijo maternal, bondadosota:

—No te mates, hombre, que igual ha ser. El negocio no está en dar tanto piquetaso, sino en arrincar de cada golpe buena pella.

Y señalaba al hacinamiento á su lado, donde cada fragmento de terrón era doble de los que hacía caer Reimundo. El suspiró sin responder, volviendo á la carga.

Un automovil pasó, haciendo retemblar la tierra. No vieron sino la rotación deslumbrante de sus ruedas amarillas. Flotó en el aire un tufo de bencina, exasperado por el calor. Aún no se había disipado, cuando asomó por la carretera un cura de aldea, caballero en un borrico. Tan despacio avanzaba, que el jinete tuvo tiempo de observar sobre las cabezas de los tres jornaleros algo que le llamó la atención. Era una enorme masa de tierra, suspendida, por decirlo así, en el aire. La cueva, ahondada por la continua mordedura afanosa de las piquetas, no tenía ya más cubierta que aquella saliente costra, conmovida sin tregua, de desplome fatal, inevitable. Y en la imaginación del párroco se precisó la catástrofe, enlazada al recuerdo de una frase leída por la mañana, entre sorbo y sorbo de chocolate, en el diario integrista: «Socavan y socavan la sociedad, y se les vendrá encima cuando menos lo piensen.» Refrenó á su rucio, cerró

el paraguas de alpaca obscura, y sin apearse arrimóse al socavón, gritando:

—¡Eh! ¡Vosotros! Que se vos viene encima esa tierra. ¿Estades ciegos?

La alcoholizada le contestó pintoresca reata de injurias sobre el tema de la profesión. La moza tuerta sólo refunfuñó:

—¡Nos deje en paz! Vusté no nos hace el trabajo.

Reimundo, por su parte, ni se volvió. Enfaenado, cayéndole una gota de cada pelo, sin aire ya para sus chicos pulmones, se puede creer que ni oiría. El zumbido de la piqueta, su retumbo mate contra la pared borrosa, era lo único que vagamente percibía, envuelto en el jadear de su anhelante pecho. ¡Cuándo serían las doce, señaladas por el paso del tren, para dejarse caer al suelo de golpe y mascar, ya medio dormido de cansancio, el corrusco de pan de maíz!

El cura, no obstante, seguía vociferando caritativos insultos. «¡Bárbaros! ¡Brutanes! ¡Ni media hora tarda eso en venirse!» Y como la vieja se lanzase fuera del excave para replicar furiosa, se oyó un estrépito sordo, apagado; se alzó una nuve de polvo rojo, y en se-

guida un silencio siniestro, interrumpido por el rodar de los últimos terrones que caían de lo alto. De pronto, un escarabajeo, un pataleo, un trajín de fiera soterrada y que violenta las paredes de su entierro. Era la moza rubia, que, vigorosamente, perneaba, cabeceaba para salir de entre la masa de tierra de la impensada sepultura.

Acudieron el párroco y la bruja; la ayudaron; se la vió sacar primero la rodilla, después una pierna, al fin el tronco, y la faz lívida, con la respiración cortada; el único ojo, loco de espanto. Nadie pensó sino en ella. El rapaz no resollaba; al princio, le olvidaron. Cuando se empezó á apalear la tierra, porque acudieron vecinos de las casucas y tabernas desparamadas por el camino real, costó trabajo descubrirle; lo más fuerte del desplome había recaído sobre su pecho. Tenía los ojos inyectados de sangre, la boca y las orejas tapiadas con barro bermejo. Los pies parecían incrustados en la tierra, otra vez compacta.

---

# EL DESTINO

Casi todos creemos haber librado de algún peligro por alguna casualidad; casi todos hemos visto, una vez al menos durante nuestra vida, inclinarse sobre el abismo el platillo de la balanza, y no volcarse, vencido ya, por milagro...

Pocos estarán de ello tan seguros como Matías Reñales, mocetón de pelo en pecho, que ejerce el desalmado oficio de guarda de consumos, y más veces anda á tiros que reza el rosario. Aparte de los lances del oficio, Matías suele encontrarse enredado en otros que nada tienen que ver con las gabelas del Ayuntamiento, pues Matías es más enamorado que dromedario africano, amén de celoso y matón y reñidor

sin jactancias, pero con derroches de valentía que rayan en bizarra temeridad; y á su manera, y dentro del círculo nada selecto de sus relaciones, Matías se procura una serie de emociones románticas, y se juega el pellejo con desgaire de guapo é indiferencia de fatalista.

—Porque, miusté—díjome en ocasión de haber venido á verme para pedirme cierta recomendación, la número quinientos mil de las que á toda hora llueven sobre todo el mundo, sea ó no sea *influyente*, — en no estando *de allá*...—y señaló, alzando el índice, al techo de mi escritorio.—Si está *de allí*, sale usté á la calle, hace viento, cae una teja é punta, le da en la cabeza... y á San Ginés.

Se me había olvidado que Matías, recriado en Madrid, es albaceteño, no sé si de la propia ciudad puñalera, seguramente de la provincia; y convendrá advertir también que su tipo corresponde al del semimoro, bautizado, pero en el fondo incristianable, que con tal frecuencia encontramos en nuestras regiones del Mediodía. De arrogante figura, tez cetrina, ojos de fuego y terciopelo, barba de intenso

negror, y un bosque de descuidados rizos coronando la bella cabeza, Matías es grave y sentencioso á fuer de moro *natural*, y ni se alaba de sus proezas, ni echa por tierra á nadie. Hay en él rastros simpáticos de la dignidad mahometana, sobre todo cuando insiste en lo estéril de los esfuerzos humanos para contrarestar lo *que está escrito*. No emplea esta frase, pero el concepto sí. Y tirando del hilo del concepto, vine á sacar el ovillo del episodio que aún hace erizarse el cabello de Matías.

—Era yo criatura de unos siete años, y vivía con mi madre ¡proecita! en cá el agüelo, pae de mi pae, que era labraor. Yo no podía ayuar aún, porque no tenía juerza, y mi quehacer era zamparme las golosinas y andar diableando. En la casa, además de mi madre y yo, estaba la otra nuera del agüelo y otros dos chiquillos, Roque y Melchorcico, hijos suyos. Mi tía se yamaba Tecla; mi madre Llanos—de la Virgen é los Llanos, que es la patrona el pueblo.—Las dos, mi tía y mi madre, habían enviudao á un tiempo, cuando el cólera. ¡Que fué una compasión! Y el agüelo, ¿qué quería usté que hiciese? Las recogió y las amparó... y tós comíamos.

Sólo que la comía á unos aprovecha y á otros paece que se les vuelve solimán. Mi tía Tecla era de esta casta. ¡Mujer más seca...! Parecía guindilla é sartal, ó los gatos cuando pasan veinte días cerraos en un armario, que salen chupados y echando lumbres. Gastaba un genio é vinagre, y andaba roía de rabia en vista de que sus dos criaturas no acababan de medrar, mientras yo, hecho una manzana, más duro què una guija. Mi madre estaba desvanecía conmigo; al fin no tenía otra cosa á qué mirar en el mundo; y al agüelo —¡caprichos de señores mayores!—se le caía la baba conmigo y me hartaba de mimos y me daba á escondías la mejor fruta el huerto. Y miusté que yo comprendo las cosas; vamos, la que ha parío un par de chiquitines tan de Dios como cualquiera, y á más delicaos, y ve que todo el cariño se lo yeva otro hijo e otra madre,—¿cómo quiusté que se ponga? Como una pantera. Así andaba tía Tecla: unos ojos me echaba á escondías, que yo corría é agazaparme en las faldas de mi madre temblando e susto.

Y no era muy medroso... Al contrario: más malo que un cabrito; siempre

enzarzao en peleas y metiéndome á hacer hombrás fuera e tino y hora, tirando pedrás al mesmo sol y rompiendo la crisma á zagalones que me yevaban la caeza de altos. Pero elante tía Tecla me entraba un canguelo, que se me quitaban el habla y la acción. Era como aquel que ve una serpiente desmesurá, y en igual de echá á correr se quea quieto, esperando la mordeura. Tía Tecla me encantaba con los ojos é basilisco que siempre me estaba flechando; y es que por los ojos aquellos salía un aborrecimiento tan de aentro de la entraña, que me parecían las hojas e dos puñales metiéndoseme por el corazón á partírmelo. Como me la echaba de guapo, vergüenza me daría de ecirle á madre que tenía un miedo tan horroso; pero juraría que á ella le pasaba otro tanto, ¡proecilla! y cá vez que yo me apartaba un minuto, andaba buscándome toda angustiá.

Por aquel entonces hizo mi agüelo una cosa ná buena, y lo digo aunque sea faltar y parezca ingratitú, porque la gente de malos hígaos se güelve repeor cuando la esesperan con demasiá poca justicia. Pues el agüelo, ¡Dios le haya perdonao! sintiendo que le

pesaban los años, llamó á un escribano y dispuso de cuanto tenía: el huerto, los trastos e la casa y la labor, unas tierras... y tó en favor mío. A los chicos é tía Tecla, ni ésto. ¿Verdá que es pa irritar? Yo no me enteré, y aunque me enterase, ¿qué entiende un chico? Lo único, que tía Tecla se puso más feroz, y cuando me encontraba solo paecía que intentaba espeazarme. ¡Qué lástima que me dan los que pasan miedo! El miedo es cosa mala; es una enfermeá. Yo perdí el comer y me entró calentura.

Era una murria, que tó el día me lo pasaba acurrucao á la vera la lumbre cerca el fogón. Estío era, y yo tiritaba. El sangraor ijo que aquello venía e la humedá de la cequia; pero sí, ¡buena humedá! Mi madre me armó una especie e cama con un colchón y una colcha de percal, y de allí costaba trabajo sacarme. El agüelo juraba que una bruja me había hecho mal de ojo. Pué que sí, que los ojos suelten veneno.

No sentía miaja e alivio, cuando un sábado, ¡qué día tan señalao! mi madre puso el caldero e la lejía á hervir. Mientras cocía el agua, mi madre acla-

raba en el patio. El agüelo se había ido fuera á tomar sol. Y cátate que uno de los chicos de tía Tecla, Roquillo, el mayor, que era de mi edad y se espepitaba por mí, viéndome acostao con la cara tapá por la colcha, me sacudió y me dijo: «Matías, ¿sabes que ha parío la perra? ¡Seis cachorros tiene! y está tan celosa, que no me atrevo á cogerle uno. ¿Te atreves tú?» Yo he tenío siempre la debiliá de que cuando me preguntan si me atrevo, me atrevería me paece á encararme con Dios. Contesté «ahora mismo», y salté de mi colchón. El chico—no sé por qué; ¡las veces que he pensao por qué pudo ser aquello! ¡cosas de la suerte del hombre!—va y dice: «Pues yo, pa que no nos escubran, aquí en tu sitio me escondo.» Y se cuela en mi cama, y sube la colcha como yo, igualito...

Voy al cobertizo, me yego á la Pulía, me enzarzo con ella, me clava los dientes en este brazo, me saca un peazo e pellejo,—¡lo que son las madres pa defender la cría!—agarro uno e los perriyos, ciegos aún, un canelo precioso, cierro la cancilla y á escape me vuelvo á la cocina. En la puerta me paro clavao de susto; ¡tía Tecla estaba

ayí! Me quedo estatua. Con la perra, bueno; pero con la mujer... Y así, agachaíto, la veo que tienta en mi cama,—y el primo callao. Entonces, ¡Virgen los Llanos!, la veo que agarra por las asas el caldero e la lejía, hirviendo á tó hervir, que lo alza en peso, que se vuelve, que se acerca á la cama, y que de pronto... ¡zás! lo suerta encima de golpe... ¡Si viese usté lo que pasó antes de morir aquella criatura, escaldá viva!

Y ahí tié usté por qué luego he creío que lo que está de allí...—añadió Matías con relampagueos de espanto en las pupilas al recuerdo de la tragedia.

---

# LA PALOMA AZUL

Es un recuerdo de los primeros años el que voy á referir, y esa circunstancia le presta para mí encanto triste, ritornelo de canciones semiolvidadas. Tiempos en que el alma y los sentidos recibían las impresiones como el campo la lluvia de primavera, que hace brotar gérmenes y abrirse cálices, y pulular organismos, y poblarse el espacio de átomos de luz y de emanaciones de vida.

En la vieja casa cuyas piedras han dorado tantos días de sol y enverdecido, en los rincones donde el sol no penetra, tantas gotas de lluvia escurridas de los canalones con lento gorgoteo lacrimoso, teníamos un palomar. A ambos lados del ancho balcón de hierro

que caía al patio, dos á manera de altas garitas, interiormente panales de celdillas para los nidos, cobijaron primero á una pareja, una sola por garita; pero las dos parejas se asomaron y anidaron; la cría voló, amó, anidó á su vez, y antes de un año no cabía en las garitas la bandada, y las insolentes aves se metían en la sala á que correspondía el balcón, á la cual, por esta circunstancia, pusimos el nombre de *Sala de las palomas*, que conservó muchos años después de extinguido el palomar. Si encontraban abierta la puerta de la sala, seguían adelante intrépidas, aunque algo azoradas; y andando á saltitos nerviosos, arañando las alfombras con sus rosadas uñas, bajaban escaleras, cruzaban pasillos, nos las encontrábamos entre los pies á toda hora, en el comedor, en la cocina, en las habitaciones de recibir. Un día sacamos una paloma, palpitante y espeluzada, de la red de espesos flecos de pasamanería de un cortinón de seda. Se le habían enredado allí las patitas, y con todos sus esfuerzos sólo conseguía prenderse más. También hallamos un pichón nuevo, con los ojos vidriados y el pico frío y las patas rígidas, ahoga-

dito en agua jabonosa, dentro de un cubo de limpieza.

Nos invadían. Sin cesar resonaba, misterioso y vehemente como cuchicheo de amor, su arrullo porfiado. Las conocíamos una por una; sabíamos sus caprichos, sus infidelidades, sus peleas celosas, sus riñas entre vecinas por un grano de maíz, una migaja de pan, unas pajas robadas del nidal ajeno. Aquella convivencia con las palomas me hizo algo escéptica respecto á las opiniones y juicios del mundo. ¿Por qué la paloma es símbolo de inocencia, dulzura, pureza y paz, cuando realmente no hay bicho más colérico, más glotón, más brutalmente africano en pasiones y odios? ¿Quién hallará la clave de tales leyendas y mitologías? El cristianismo en esto ha idealizado; el paganismo, con más segura información, consagraba las palomas á la libre Afrodita.

Si lo pienso bien, comprendo que estas reflexiones no se me ocurrieron hasta más tarde; entonces no sacaba consecuencia alguna del espectáculo del palomar. Ni aun me daba cuenta —á lo que creo—de la inmoralidad perniciosa de los encantadores volátiles. Envuelve á la niñez un velo blan-

co, santo, natural, que hace inútiles los otros velos artificiosos del convencionalismo educativo. Tanto tapadijo, tanto embuste soso como se gasta con los pequeños, no retrasan un momento el instante en que la niebla, forzosamente, se desgarra y disipa; y mientras ese instante no llega... cualquiera que sea el medio ambiente y lo que vea y oiga, la criatura no pisa el lodo; cruza por cima de él, sacando limpias las alas diáfanas, rechazando la impureza como la piedra bezoar rechaza el veneno de las sierpes.

Ahora bien; ha de saberse que uno de los goces de un palomar es el no muy lícito de quitarle al vecino las palomas. Hay palomares con suerte y palomares desgraciados. La razón se ignora. El nuestro, v. gr., atraía, y engatusados y seducidos, veníanse á él docenas de pichones ya grandes y que debieran tener juicio... Los veíamos al día siguiente de su deserción hacer la rueda y arrullar en torno de alguna hembra de pico rosado y cuello tornasol, ó liarse á picotazos con los pichones antiguos de la casa, y expulsarlos del propio nido. Era un cuadro nada edificante, pero el palomar prosperaba;

no cabían en las garitas los moradores; y como no matábamos la cría, la tribu se desbordaba por tejados, aleros y chimeneas; nuestra bandada era tan densa, que por las mañanas asombraba el trozo de cielo visible desde los balcones y ventanas del patio.

Un día, mirando hacia el tejado del cual habíanse apoderado las palomas, vi una cosa que me dejó aturdida de emoción: una paloma nueva, desconocida, pero del mismo color, exactamente del mismo color del trozo de cielo. Una paloma de plumaje de turquesas, una ave que parecía flor, un sér divino. He dicho antes que la niñez no razona muchas cosas, pero su instinto es cualidad maravillosa, mal estudiada aún. ¿Quién me había enseñado á mí que una paloma azul no existía en la realidad, que sólo podía venir del infinito?

Los colores de las palomas eran variadísimos. Las había verde metálico, gris perla, nacaradas, con tonos y cambiantes cobrizos... Pero ¡aquel azul! aquel era exactamente el matiz de mi alma, era la nota de mis ensueños, mi mismo sér, impregnado, bañado en el fluído de las lejanías misteriosas y la

onda clara de los dilatados mares... Y la paloma de plumaje de turquesas aleteaba dentro de mí, y yo suponía que, después de aparecérseme un instante, iba á levantar el vuelo, perdiéndose otra vez en su elemento propio, la bóveda de turquesa también, que se extendía sobre los prosaicos tejados, justificando la copla popular:

El cielo de Marineda
está cubierto de azul...

Con gran sorpresa mía, la sobrenatural paloma se confundió entre las demás vulgares; púsose á seguir á una hembra feucha, gris pizarra, y porque se atravesó un palomo canelo, le atizó tan feroz picotazo, que le arrancó plumas tintas en sangre. A todo esto, la familia había acudido, y asombrada del color de la paloma, resolvía su captura. Cuando vi que iban á recluir en una jaula á la paloma azul, ¡qué ardiente deseo me entró de que huyese, de que levantase el vuelo y se perdiese, ligera flor cerúlea, en el abismo del firmamento! Porque me parecía un sacrilegio ponerle la mano encima, y resolví libertarla, abrir su cárcel, restituirla á su esfera propia.

Con granos de trigo y pan desmigajado atrajeron á la paloma hasta meterla en casa, donde, cerrada de pronto una ventana, quedó á merced de los cazadores. Palpitante la cogieron, y examinaron atentamente sus plumas, pétalos de flor extraña, entablándose discusión acerca de si *aquello* era ó no era natural. «Está teñida,» decían los más; pero entre los criados, espíritus sencillos, hubo alguno que hasta afirmó haber visto palomas así, aunque muy raras, y siempre proféticas, anunciadoras de grandes acontecimientos. Mis simpatías estaban absolutamente con los criados (caso muy frecuente en la niñez) ¡Teñida la paloma! ¡Vaya una ocurrencia! ¿Pueden las palomas teñirse? ¿Cómo se tiñen? ¿No era más natural creer que uno de los huevecillos preciosos que yo veía en los nidos llevaban en sí, por misteriosa obra de fuerzas desconocidas, el matiz celeste del plumaje, tan igual, tan puro; aquel azul delicado, celeste, luminoso al sol?

Veinticuatro horas llevaba la paloma en la jaula sin que hubiese podido subirme á una silla para darla libertad—¡estaba tan alto el clavo y yo era

tan chica!—cuando recibimos recado de unos vecinos que poseían palomar y reclamaban la devolución de una paloma blanca, teñida con añil, la víspera, por los chiquillos... Sentí el dolor, la glacial punzada del desengaño. Me puse triste; mi espíritu se encogió. ¡Teñida, falsa, artificial la soñada paloma!

Y por una de las lecturas que sobrepujaban á mi entendimiento de diez años, y en las cuales me enfrascaba entonces, supe aquella misma tarde que tampoco, ¡lástima grande! es azul el cielo... Y me dolieron y me sangraron las alas de la fantasía, que, ¡esas sí! eran bien azules...

---

# LOS ADORANTES

Siempre, desde que nací, he visto adosados á las jambas de la portada principal de la vieja iglesia á los dos adorantes: ella, la santa, envuelta en la plegadura rítmica de su faldamenta de ricahembra; él, el santo, sencillamente extendidas las manos largas y puras, que salen de las mangas de una tunicela, bajo amplio manto multíplice.

La sonrisa, misteriosamente expresiva, no se borra de sus labios de piedra; sus ojos sin pupila no pestañean ni experimentan necesidad de cerrarse para el reposo del sueño en transitoria ceguera, en muerte transitoria.

Los adorantes viven sin interrupción su extraña vida: de día se recojen

en majestuosa tranquilidad; de noche, cuando la obscuridad proteje su idilio ó la luna convierte el pórtico en labor de plata recién fundida, actívase el vivir irreal de las estatuas.

Siempre, desde que nací, he visto adosados á las jambas de la portada principal de la vieja iglesia á los dos adorantes: ella, la santa, envuelta en la plegadura rítmica de su faldamenta de ricahembra; él, el santo, sencillamente extendidas las manos largas y puras, que salen de las mangas de una tunicela, bajo amplio manto multíplice.

La sonrisa, misteriosamente expresiva, no se borra de sus labios de piedra; sus ojos sin pupila no pestañean ni experimentan necesidad de cerrarse para el reposo del sueño en transitoria ceguera, en muerte transitoria.

Los adorantes viven sin interrupción su extraña vida: de día se recogen en magestuosa tranquilidad; de noche, cuando la obscuridad protege su idilio ó la luna convierte el pórtico en labor de plata recién fundida, actívase el vivir irreal de las estatuas.

A la primer ligera, fluída caricia de la luna, los adorantes parece que continúan serenos en contemplación; pero

observadles bien: algo estremece los paños de su ropaje; algo vibra en sus manos extendidas para la plegaria; algo muy sutil intenta despegar y agitar sus bucles de granito para que se electricen como las cabelleras vivientes.

Observadles despacio, sí; derramad en vuestra alma oprimida por la carne la esencia del alma de esas místicas figuras, y notaréis que un gran halo sentimental irradia de ellas, de su forma, de sus cabezas sin aureola.

Salid de casa á las horas de soledad, á las horas de silencio y de helada nocturna, ó cuando el verano hace azul y tibia la sombra, y considerad fijamente, sentados en el pretil del atrio, á los adorantes, que se miran, que no cesan de mirarse, que se mirarán mientras no sean arrancados de su lugar por los profanadores.

Detrás de la mística pareja, la puerta sombría, cerrada, atrancada con ese aspecto severo y ceñudo de las puertas enormes, que evocan la inflexibilidad del destino, lo hermético del porvenir, parece una amenaza.

Y los adorantes, que jamás entrarán en la iglesia, aunque su ingreso se abre ante ellos todas las mañanas de par en

par; los adorantes, á quienes retiene suspensos en el aire misterioso entredicho, se transmiten sin palabras secretos de mundos que no se asemejan al nuestro.

En la invisible difusión de las ondas del aire se envían confidencias. Y lo inefable de lo que se dicen les transporta, es un éxtasis de azucena desmayada y en deliquio dulce bajo el rocío.

Late en los adorantes, palpitando como las palomas cuando las tenemos agarradas, la idea de una existencia ultraterrestre, exaltada con divina exaltación.

Bajo sus pies, juntos y largos, de calzado puntiagudo, corre la otra vida, la vida de barro, la ruidosa, la turbia, la mezquina, la corruptible. Esta vida rueda en ondas por la calle, bulle en el atrio, trepa por las escaleras, entra en el templo, murmura rezos sin efusión, se expansiona al volver afuera con estrépitos vanos y conversaciones desabridas sin objeto.

Y los adorantes, sordos á la chusma, ignorantes de sus vociferaciones, insensibles cuando los chicos, precoces pelotaris, les envían balas rechazadas por la rigidez de la piedra, siguen mirándose, bebiéndose, absorbiéndose.

Sus manos hieráticas, bellas, suplicantes, no se desunen; sus cuerpos no se aproximan.

Nada temen los adorantes, como no sea algún cataclismo de la tierra, alguna violencia de los hombres, que impulsando sus masas les precipite al uno contra el otro.

Saben ó adivinan la mentira de las uniones, la decepción de los intentos de indentificarse acercándose.

Quieren evitar lo que les haría pedazos, conservar su figura delicada, su gracia mística, su calma engañosa, interiormente trepidante de ilusión y de afán.

La ciudad duerme; los propios angelotes del retablo de la iglesia han cerrado sus párpados, fatigados del luminar de los cirios y del apremio de las oraciones. La luna, rompiendo un velo de nubes, asoma como una gota de llanto cuajada y fría. Las duras ventanas cerradas; el paso tardo del sereno; las campanadas graves del reloj de Palacio, son cosas solemnes en que hay lo hermoso de lo triste sin causa.

Y los adorantes, solos, quisieran, sin unirse, acercarse un poco más, sólo un poco, no mucho.

A la distancia en que un perfume de flor es suave todavía y no embriaga aún.

A la distancia en que las líneas del rostro que se lleva dibujado en las entrañas no se ven borrosas, pero tampoco se marcan con relieve excesivo, sino que las idealiza una delicada bruma.

Quieren balbucirse cláusulas que el viento de la noche conduce de espíritu á espíritu, sin que las sorprendan los curiosos apóstoles de la archivolta, perpetuamente inclinados en actitud de no perder de vista á los adorantes.

Y él le dice á ella:

—¿No recuerdas que hace seiscientos años, la noche de nuestras bodas, cuando por primera vez, lisas de juventud nuestras mejillas, inmaculadas nuestras vestes, nos dejaron sólos aquí, mirándonos, la luna semejaba como hoy, una perla gris muy melancólica, y los luceros asomaban cansados, sin brillo? El mundo era viejo ya cuando principió nuestra juventud infinita.

Y ella á él:

—Me acuerdo que desde entonces todas las noches me hablas, y el silencio es un cántico.

Y él á ella:

—Los niños jugaron en el atrio esta tarde. Sus voces sonaban alegres. Puede que ellos no comprendan lo enfermo que está el mundo, lo caduco de todo.

Y ella á él:

—¿No notas cómo todavía andan flotando vahos del incienso de la última procesión? La cera huele á muerte, el incienso á paraíso. Pero, estando ahí tú, frente á mí, ni deseo la libertad ni la bienaventuranza.

Y él á ella:

—No hace mucho cruzaron entre tú y yo dos que venían á unirse delante del altar. El vestía de negro y estaba descolorido. Ella se cubría el albo traje con velo de albo tul, y se coronaba con flores de naranjo. Debajo del velo resplandecían las joyas. Temblaba, y el color de su cara ruborizada se transparecía. Su ropaje caudaloso la seguía por los peldaños como una catarata espumante. Al salir oí que él pronunció:—¡Para siempre!—Iban ya del brazo... Y después he vuelto á verles, pero nunca juntos.

—Extraño,—opinó ella.

Insistió él:

—Y no habrás olvidado aquella otra pareja que, á la media noche, al des-

cender la última campanada, buscó asilo en este pórtico, entre nosotros. No querían que los viesen. El calor de sus cuerpos traspasaba la piedra de mis pies. Sus promesas precipitadas, repetidas, suspiradas, eran fuego; yo creí que un incendio nos envolvía, poniendo término á nuestra dulce contemplación. No dialogamos aquella noche: los dos refugiados la encontraron corta y no se apartaron hasta que el amanecer horripiló de frío sus calcinados huesos. ¡Cómo te alarmaste, cómo tendiste tus manos imploradoras! Y la noche siguiente volvieron y nos hicieron sentir algo no sentido, envidia miserable de la vida terrestre... Pero ya nunca más les vimos, y estoy seguro de que no se ven tampoco ellos, separados por ríos, montañas y mares, por océanos de distancia, de olor, de desengaño. ¿Verdad que es incomprensible?

—Incomprensible, —declara pensativa.

—Extraordinaria esta casta de los hombres,—reprueba él.

—¡Ten piedad!—sugiere ella.—¡A mí me contristan cuando les traen ahí, á la nave, á depositarlos sobre un túmulo, y huele tanto á cera, y el rezo

es hondo y anuncia terrores sin fin. ¡Son mortales! Su corazón es mortal...

Y él repite, bajo:

—Morir...

—Y ella susurra:

—Morir...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Cuando le enseñé á un arquitecto famoso los adorantes un día en que los alelíes de las grietas florecían y las golondrinas se posaban sobre los curiosos apóstoles de la archivolta, el sabio objetó:

—Esas figuras no tienen razón de ser. Ni dan solidez al edificio, ni se explican ahí colgadas. ¿Qué hacen, me quiere usted decir?

Creo que respondí:

—Adorar...

---

# CURADO

Al salir el médico rural, bien arropado en su capote porque diluviaba; al afianzarle el estribo para que montase en su jaco, la mujerona lloraba como una Magdalena. ¡Ay de Dios, que tenían en la casa la muerte! ¡De qué valía tanta medicina, cuatro pesos gastados en cosas de la botica! ¡Y á más el otro peso en una misa al glorioso San Mamed, á ver si hacía un milagriño!

El enfermo, cada día á peor, á peor... Se abría á vómitos. No guardaba en el cuerpo migaja que le diesen; era una compasión haber cocido para eso la sustancia, haber retorcido el pescuezo á la gallina negra, tan hermosa, ¡con una enjundia! y haber com-

prado en Areal una libra entera de chocolate, ocho reales que embolsó el ladrón del *Bonito*, el del almacén... Ende sanando, bien empleado todo... ¡vender la camisa...! pero si fallecía, si ya no tenía ánimo ni de abrir los ojos... ¡Y era el hijo mayor, el que trabajaba el lugar! ¡Los otros, unos rapaces que cabían bajo una cesta! ¡El padre, en América, sin escribir nunca! ¡Qué iba á ser de todos! ¡A los caminos á pedir limosna!

Secándose las lágrimas con el dorso de la negra y callosa mano, la mujerona entró, cerró la cancilla, no sin arrojar una mirada de odio al médico, que indiferente se alejaba al trotecillo animado de su yegua. Estaban *arrendados* con él, según la costumbre aldeana, por un ferrado de trigo anual; no costaban nada sus visitas... pero ¡cata! ellos se hermanan con el boticario, recetan y recetan, cobran la mitad si cuadra... ¡todo robar, todo quitarle su pobreza al pobre! Y allí, sobre la artesa mugrienta, otro papel, otra recetiña, que sabe Dios lo que valdría, además del viaje á Areal, rompiendo zapatos y mojándose hasta los huesos.

Lejos, en el fondo de la cocina,

apenas alumbrada por una candileja de petróleo, se oía el fatigoso anhelar del enfermo y el hálito igual, dulce, de los tres niños echados en un mismo jergón de hojas de maíz. El fuego del lar aún ardía semiextinguido. Una sabandija corrió un instante por la pared y se ocultó en un resquicio, dejando la medrosa impresión de su culebreo fantástico, agigantado por la proyección de sombra. La vaca, en el establo, mugió insistente, llamando á su ternerillo; fuera aulló el perro. La mujerona, con movimiento de cólera, agarró la receta, la echó á las brasas, donde se consumió trabajosamente el recio papel...

Quejóse el enfermo, con aquel quejido suyo, desgarrador, de rabia y náusea, y la madre, acercándose al cajón de tablas pegado al muro, el lecho aldeano, se inclinó sobre el mozo y susurró á su oído:

—Calla, mi yalma, que en amaneciendo voy por el mediquín, y te lo traigo, y te cura. ¡Como hay Dios que voy por él! ¡Ya no me pasa el médico esa puerta!

Era el supremo recurso, la postrer ilusión de todo labriego en aquella pa-

rroquia de Noan,—el curandero, el médico libre, sin título, que ejercía secretamente, acertando más ¡buena comparanza! que los otros pillos.—El mediquín no recetaba. Llevaba consigo, en el profundo bolso, tres ó cuatro frasquetes y papelitos doblados, unas gotas y unos polvos, y en el acto administraba lo preciso; no había que trotar hasta Areal, esperar los siete esperares en la botica, largar pesos al boticario, que el diaño cargue con él. Una peseta ó dos al mismo mediquín, y campantes, y el mozo, antes de una semana, sachando en la heredad.

Aún no blanqueaba el alba, anunciándola tan sólo vago reflejo cárdeno hacia el bosque,—cuando salió la mujerona, rebujada la cabeza en su *mantelo* de burel, haciendo saltar barro líquido ¡flac! ¡flac! de los charcos, al hincar en ellos las enormes zuecas. Cuando volvió, acompañada del curandero, que renegaba del tiempo—¡vaya una invernía, vaya un perro llover!—á la puerta de la choza la esperaba el mayor de los pequeños, Juaniño, asustado, descalzo, manoteando.

—¡Señora madre..., que Augenio está al cabo! ¡Que ya no atiende cuando le gritan!

La mujerona y el curandero se precipitaron; el interior de la choza parecía tenebroso á quien venía del exterior, de la claridad que ya empezaba á derramar un mustio amanecer de Noviembre,—y el mediquín encendió cerillas, y á la intermitente luz examinó al moribundo. Un gemido horrible, lento, rumiado, por decirlo así, salió de la fétida cama.

—¡Ay Virgen de la Guía! ¡Ay San Mamed!—clamó la madre.—¡Es el estortor! ¡Está gunizando!

—No, mujer, no; calle, no se desdiche, que va á descansar.

La voz del curandero fué como un conjuro. El gemido se atenuó. Por la única ventana de la choza entró un rayo dorado de sol naciente. Los tres chicuelos asombrados y respetuosos, permanecían de pie, mal despiertos, enredados los rubios rizos, sofocados aún los carrillos, metido el índice en la boca. Esperaban el milagro que iba á realizarse, y sus almitas cándidas y nuevas se entreabrían para acoger el rocío de lo maravilloso. ¡Aquel señor regordecho, de gabán de paño azul y gorra de cuadros verdes, podía curar á Eugenio! ¿Cómo, de qué

manera? Por *una virtud*... Eso, por una virtud... El caso es que iba á curarle. Eugenio no gemiría más; no tendría aquellas ansias tan grandísimas; cerraría los ojos y dormiría como un santo bendito.

El curandero, entretanto sacaba del bolso uno de sus frasquetes no rotulados, lo miraba un instante al trasluz, enderezaba el cuentagotas, pedía agua, que le traían en un cuenco de barro, dosificaba, y cuenco en mano, volvía á llegarse al lecho... Con un brazo pasado alrededor del cuello del moribundo, le hacía beber, beber... ¡Asombroso caso! El mozo bebía y guardaba lo bebido... Cruzó las manos la madre, deshaciéndose en bendiciones. El curandero dejó suavemente sobre la almohada de follato la cabeza de revueltas greñas, de cara demacrada, color de arcilla. Una imperceptible sonrisa, una ráfaga de paz, de bienestar, sosegaron un momento la dolorosa faz...

—¿Te va bien, yalma? preguntó embelesada la mujerona.

—Sí, señora... muy bien... respondió el enfermo dulcemente.

Del pico de un pañuelo salieron tres pesetas, que el curandero, al retirarse,

guardó en el ancho bolsón de su abrigo; el precio de la visita y de la pócima. Los pequeñuelos permanecían absortos. ¡Eugenio no se quejaba ya! ¡Le veían así... dormido, tan sereno... respirando maino, á modo del aire entre el trigal! ¡Como un santo, un santo bendito!

Ni se enteraron de que hacia mediodía aquel ligero susurro cesó... La madre, al acercarse para administrarle otra dosis de la medicina milagrosa, tocó algo ya frío, rígido: un cuerpo inerte. Alzó estridente alarido. Se mesó las canas á puñados; se clavó las uñas en el pergamino del rostro... y el Juaniño, consolándola, cogiéndose á su zagalejo remendado, repetía:

—No se apure, señora... Voy por el curandero... Calle, que lo traigo ahora mismo...

---

# EL DEPÓSITO

Fué en una noche de invierno, ni lluviosa ni brumosa, sino atrozmente fría, en que por la pureza glacial del ambiente se oía aullar á los lobos lo mismo que si estuviesen al pie de la solitaria rectoral y la amenazasen con sus siniestros *¡ouụ bée!*—cuando el cura de Andianes, á quien tenía desvelado la inquietud, oyó fuera de la convenida señal, el canto del *cucorei*, y saltando de la cama, arropándose con un balandrán viejo, encendiendo un cabo de bujía, descendió precipitadamente á abrir. Sus piernas vacilaban, y el cabo, en sus manos agitadas tam-

bién por la emoción, goteaba candentes lágrimas de esperma.

Al descorrerse los mohosos cerrojos y pegarse á la pared la gruesa puerta de roble, dejando penetrar por el boquete la negrura y el helado soplo nocturno, alguien que no estuviese prevenido sentiría pavor viendo avanzar á tres hombres, más que embozados, encubiertos, tapados por el cuello de los capotes, que se juntaba con el ala del amplio sombrerazo. Detrás del pelotón se adivinaba el bulto de un carrito y se oía el jadear del caballejo que lo arrastraba, y cuyas peludas patas temblaban aún, no sólo por el agria subida de la sierra, sino por haber sentido tan cerca el ardiente hálito de los lobos monteses hambrientos.

—¿Está todo corriente?—preguntó el que parecía capitanear el grupo.

—Todo. No hay más alma viviente que yo en la casa. ¡Pasen, pasen, que va un frío que pela á la gente!

Metiéronse en el portal é hicieron avanzar el carrito, que al fin cupo, no sin trabajo, por el hueco de la puerta; cerráronla aprisa sólo con llave, sin echar los cerrojos otra vez, y ya defendidos de curiosidades—aunque en tal

lugar y tal noche no era verosímil ningún riesgo,—bajaron los cuellos de los abrigos y se vieron unos rostros curtidos por la intemperie, animados por la resolución; unas barbas salpicadas de gotitas—la respiración, liquidada al abrigo del paño.

—Suban,—dijo el párraco solícitamente.—Hay en la mesa buen jamón, queso, vino... Echen un chisco, caliéntense.

—¡Mal truco!—juró el jefe de la partida.—Interin no se acomoda el género... nadie bebe un chisco aquí. ¡A lo que venimos!

Obedeció el cura, alzando cuanto pudo la luz; quitaron prestamente la capa de paja que cubría el carro, y apareció relleno, atestado de armas diversas, desde la anticuada escopeta de caza y el arcaico trabuco, hasta los revólvers de ordenanza y el fusil Remington. Una corriente de orgullo, un espíritu de reto, de provocación, surgió de aquel hacinamiento de bélicos trastos. El párroco olvidó los temores que momentos antes hacían entrechocarse sus dientes; los tres mocetones montañeses rieron y blasfemaron de gusto. ¡A ver cuando llegaba el día de estrenar el ar-

mamento! Y no había de tardar, ¡mal truco! Ahora, á esconder el arsenal donde ni el mismo diaño acierte con él...

—Más secreto, imposible...—afirmó el cura.—Mis sobrinas, en Compostela desde antes de ayer. ¡En lenguas de mujeres no hay fianza! El sacristán pasa todo el día de hoy y el de mañana en Cebre con su hermano, el tendero, que necesita que le saque las cuentas del almacén. Por aquí, con el frío lobero, la nieve amagando, no aporta alma cristiana. Tenemos veinte horas nuestras. Si prefieren cenar y dormir...

Repitieron que no. En quitándose de encima el ansia de esconder aquello, ya comerían, ya dormirían... Ahora, ¡al negocio! De la carga del carro tomó cada uno lo que pudo, y guiando el cura, que amparaba la luz con la mano, salieron al huerto, comunicado con la iglesia por una puerta baja abierta en el románico ábside y que daba acceso á la sacristía. El frío del cañón de los fusiles les quemaba los dedos, y resbalaban en la escarcha de los senderos, guarnecidos de árboles frutales sin hojas. Dentro de la iglesia ya, encendió el cura los dos cirios colocados ante la

efigie de Nuestra Señora, y se vió que los tableros que cubrían la mesa del altar habían sido desclavados; en el suelo yacía una espuerta con martillo, clavos, tenazas; la piedra de ara descansaba sobre las gradas del presbiterio, y el hueco obscuro del altar vacío semejaba la boca de un sepulcro...

—¿Nos cabrán ahí?—preguntó uno de los mocetones.

—Si no caben, ya tengo yo discurrido otro escondrijo muy bueno; pero me ayudarán á levantar la losa, que no soy hombre de hacerlo solo,—añadió señalando á un gótico sarcófago sostenido por dos leones toscamente labrados sobre el cual reposaba un paladín de granito, armado de punta en blanco, ceñudo, severo.

Comenzaron á depositar el contrabando en el hueco del altar: á pocos viajes, quedaron acomodadas las dos terceras partes de las armas, hasta el borde. Clavaron otra vez los tableros, encajó el cura la piedra de ara, extendió el mantelillo, restableció en orden las sacras, los candeleros, el atril—y aquí no ha pasado cosa alguna.—Ahora era preciso alzar la losa de la tumba de granito, interrumpir el sueño secu-

lar del paladín. Aplicáronse á ello los tres forzudos mocetones; arrancaron la argamasa, dura como mármol, y sirviéndose de trabucos á guisa de palanquetas, lograron desquiciar y alzar la losa, corriéndola á un lado. El cura retrocedió despavorido: en el fondo del sepulcro había huesos, cenizas, guiñapos, polvo humano,—lo que restaba de aquel batallador, ¡lo que ha de restar de todos los hombres!—La idea de la profanación humedeció su frente con sudor frío; precipitadamente hizo la señal de la cruz. ¡De *aquello* no podía salir cosa buena! Entretanto, los mocetones, sin cuidarse de la suerte que corrían los despojos del valeroso caballero, acomodaban en la tumba los restos del depósito,—fusiles, escopetas, cartuchos, balas...—Al volver á colocar con violento esfuerzo la losa, preguntaron:

—¿No habrá un poco de mezcla?

—No... Dejarlo ahora así; yo le echaré la mezcla cuando esté solo y tenga tiempo...

Hicieron desaparecer las últimas huellas de la misteriosa labor; apagaron los cirios; cruzaron el huerto; subieron á la salida de la rectoral—y ni los lobos que les habían seguido de le-

jos echándoles unos ojos como brasas, devoran así. Engulleron todo—el jamón curado de Lugo, el queso de San Simón, el pan de centeno,—y tres veces vieron el fondo del botellón de añejo vino. Rieron, contaron chascarrillos de cazadores, describieron plásticamente á la médica de Cebre, el mejor bocado en seis leguas á la redonda, y sobre todo, evocaron las contingencias de un alzamiento ya inminente, la distribución y empleo de aquella ferranchinería escondida con tanta habilidad, que ni el mismo diaño... ¡Mal truco! ¡No tendría tiempo de comérsela el orín! ¡Ya sonaría, ya, manejada por quien sabemos! Estábamos en Nadal, ¿no? ¡Pues allá para Antruejo... lo más tarde! ¡A embromar al gobierno y á la guardia civil!

Hartos, semichispos aún, después de un sueño de cinco horas,—se marcharon á medio día con su carrito, donde por disimular, por si les daban el alto, metieron cerro, habas secas, haces de paja. Sólo quedó el cura con el depósito.

Sólo... y espantado.—Siempre que decía misa en el altar, relleno de armas, creía oir que se entrechocaban,

que el hierro hablaba, amenazaba, que las balas querían atravesar los tableros irradiando destrucción. «Paciencia», pensaba: esto, poco ha de durar: allá para Antruejo...» Vinieron los gordos Carnavales, con su escolta de ollas tocineras y de *filloas* amarillas, vinieron la Semana Santa, la Pascua, el mes de María... y como si tal cosa; el país reposaba tranquilo. Estaba el cura lo mismo que si hubiese asesinado á alguien, enterrando el cadáver secretamente, y temiese á cada minuto que iban á descubrir el cuerpo.—No comía, ni dormía; en cada rostro pensaba leer que el secreto había transpirado, que se cuchicheaba, que vendrían los civiles á registrar, que se le llevarían á él, ¡un sacerdote! atado codo con codo, sabe Dios á qué destierro, á qué presidio... ¡á qué consejo de guerra! Y corría el año, y volvía la nieve á poner monteritas blancas á los abruptos picos de la sierra; y del famoso alzamiento... ni indicios. «No puedo vivir más con este embuchado», resolvió el cura. «Me volveré loco.» En arranque repentino y febril, metió ropa en el cofre, se despidió de sus sobrinas, montó en la yegua, llegó á Marineda en tres jornadas,

y el primer vapor de emigrantes que salió de la linda bahía acogió en su seno á un hombre que iba huyendo de un altar y de un sepulcro.

---

# EL ALAMBRE

Siempre que ocurría algo superior á la comprensión de los vecinos de Paramelle, preguntaban, como á un oráculo, al tío Manuel *el Viajante*, hoy traficante en ganado vacuno. ¡Sabía tantas cosas! ¡Había corrido tantas tierras! Así, cuando vieron al señorito Roberto Santomé en aquel condenado coche que sin caballos iba como alma que el diablo se lleva, acosaron al viejo, en la feria de la Lameiroa. El único que no preguntaba, y hasta ponía cara de fisga, era Jácome Fidalgo, alias *Mansegura*, el cazador furtivo ingerto en contrabandista y sabe Dios si algo más: ¡buen punto! Acababa el tal de mercar un rollo de alambre, para amañar sus jaulas de codorniz y perdiz, y con el rollo en la derecha, su chiquillo

agarrado á la izquierda, la vetusta carabina terciada al hombro, contraída la cara en una mueca de escepticismo, aguardaba la sentencia relativa á la consabida *endrómena*. El viejo *viajante*, ahuecando la voz, tomó la palabra.

—Pareceréis parvos. Os pasmáis de lo menos. ¡Como nunca asomástedes el nariz fuera de este rincón del mundo! ¡Si hubiéredes cruzado á la otra banda del mar, allí sí que encontraríades invenciones! Para cada divina cosa, una mecánica diferente: ¡hasta para se descalzar las hay!

Con estas noticias no se dió por enterado el grupo de preguntones. Quién se rascaba la oreja, quién meneaba la cabeza, caviloso. Fidalgo tuvo la desvergüenza de soltar una risilla insolente, que rasgó de oreja á oreja su boca de jimio. Con sorna, guardándose el alambre en el bolsillo de la gabardina, murmuró:

—Máquinas para se descalzar, ¿eh? ¿Y no las hay también para...?

Soltó la indecencia gorda, provocando en el compadrío una explosión de risotadas, y chuscando un ojo, añadió socarronamente:

—¡A largas tierras, largos engaños!

Si *el Viajante* no cierta á poner claro lo que es ese coche de Judas, vos lo aclararé yo ¡careta! vos lo aclararé yo. ¿Vístedes vos el camino de fierro?

—Yo no... yo no... Yo sí, cuando me llamaron á declarar en Auriabella...

—Pues igual viene á ser. En trueco de caballos lleva dentro un maquinismo, á modo de reló... Y el maquinismo ¡careta! es lo que empuja.

A su vez rióse *el Viajante*, con desprecio.

—¿Pero tú no sabes que el tren va por carriles, y esta endrómena por todas las carreteras, hom? ¡Qué tiene que ver lo negro con lo blanco?

—Pues á ver entonces ¡careta! en qué consiste.

—En eso.

—Y *eso*... ¿qué es?

—Que va ¿estamos? por onde se le entoja—declaró enfáticamente el tío Manuel echando á andar en busca de su yegua. No quería el tratante esperar á que atardeciese, que es mal negocio para quien lleva dinero en la faja; pero urgíale sobre todo evadirse de aquel interrogatorio comprometedor para su fama de sabiduría universal. Jácome, encogiéndose de hombros, mofándose,

tiró de su pequeñuelo, su Rosendo, Sendiño, y se dispuso á emprender también la vuelta á la aldea. No tenía en el mundo más que aquella criatura: su mujer, hallándose recién parida, había muerto á consecuencia del susto de ver entrar á los civiles, que venían á prender al marido por sospechas de no sé qué alijo de tabaco y sal. Solo en la tierra con el chiquillo. Jácome lo crió sabe Dios cómo; y ahora se le caía la baba viendo despuntar en Sendiño, á los seis años mal contados, otro cazador, otro merodeador, sin afición alguna al trabajo lento y metódico del labriego, fértil ya en ardides y tretas de salvaje para sorprender nidos y pajarillos nuevos, para descubrir dónde ponen las gallinas del prójimo y aun para engolosinarlas echándoles granos de maíz, hasta atraerlas á la boca del saco. El padre estaba embelesado con tal retoño, y le enseñaba nuevas habilidades cada día. Era la criatura lo único que despertaba en Jácome, bajo la dura coraza metálica que revestía su corazón, palpitaciones de humana ternura.

Apenas echaron carretera arriba, en dirección á las alturas de Sandiás, el

chico, traveseando, corrió delante: saltaba sobre una pierna, haciéndose el cojo. El padre, con el instinto siempre vigilante del cazador, escrutaba sin proponérselo los espesos pinares, las madroñeras y los manchones de castaños, que revestían los escarpes pedregosos de la montaña. Si volase una perdiz, si cruzase una liebre... Pensaba en esta hipótesis, cuando un relámpago blanco y color canela lució entre un seto. *Mansegura* se echó la carabina á la cara y disparó casi sin apuntar. Sendiño, loco de alegría, brincó, tomó vuelo, se lanzó en dirección á la maleza. Era su encanto hacer de perro, *portando* la caza. A los dos minutos salió del matorral el chico, balanceando, agarrada de las patas traseras, una liebre poco menor que él. Padre é hijo se confundieron en un grupo, admirando la hermosa pieza. Caliente estaba aún el cuerpo del animal; la blanca y densa piel de su vientre relucía como seda manchada de sangre; sus enormes orejas pendían; sus ojos se vidriaban.

—¡Careta, lo que pesa! balbuceó gozoso el cazador, sopesándola, babándose de vanidad paternal, porque Sendiño reía fanfarronamente columpiando

su carga. Y se entretuvieron así, padre é hijo, confundidos en la complacencia de la destrucción y la victoria, palpando la presa, distraídos. Tan distraídos, que el vigilante contrabandista, habituado al acecho, de sentidos despiertísimos no oyó el ruido insólito, semejante al resuello y jadeo trepidante de alimaña fabulosa; despertó al tener encima ya al mónstruo, ¡taf, taf, taf!, al desgarrarle los oídos el rugido de metal de su bocina. Jácome saltó de costado, evitando la embestida furiosa; vió tendido á Sendo; á su lado, en el polvo, el cuerpo de la liebre... y ya del «coche de Judas» ni rastro, ni señal en el horizonte... Se arrojó, fiero, loco á recoger al niño, que yacía de bruces, la cara contra la hierba de la cuneta; le llamó con nombres amantes, le acarició... El niño le blandeaba en los brazos inerte, tronchado, roto. Jácome conocía bien las formas que adopta la muerte... Soltó el cadáver, alzó los ojos atónitos, sin llanto, al cielo, que consentía aquella iniquidad... Después, sobre el padre que sufría se destacó el hombre de lucha, pronto á la acometida á la emboscada, vengativo, feroz. Cerró los puños y amenazó en la direc-

ción que llevaba el «coche de Judas».— ¡No se reirá don Roberto! ¡Se lo prometo yo...! El va á Paramelle... Allí no duerme... ¡Volverá!

Alzó otra vez á Sendiño, y con infinita delicadeza le transportó á lo más oculto del pinar, depositándole sobre un lecho de *ramalla* seca. Cerca del muerto colocó la carabina, y la liebre muerta, polvorienta, ¡vengada ella también! Volvió á la carretera, y recorrió un largo trecho estudiando el sitio apropósito para su intento. Una revuelta violenta se lo ofreció. Ni de encargo. A derecha é izquierda, árboles añosos avanzaban sus ramas sobre el camino, como brazos fuertes que se brindasen á secundar á *Mansegura*. El extrajo del bolsillo el rollo de alambre, desenrolló un trozo, midió, cortó con su navaja, retorció uno de los extremos, calculó alturas, lo afianzó á una rama sólidamente, ensayó la resistencia, y pasando al otro lado, probó si había rama que permitiese tender el hilo metálico recto al través del camino. Mientras practicaba estas operaciones, atendía, no fuera que pasase alguien y le viese. Nadie: la carretera desierta; por allí sólo se iba á Sandiás y al pazo

de don Roberto... Por precaución, sin embargo, Jácome no sujetó el otro cabo del alambre. Tiempo tenía. Con él agarrado, se tumbó en el pequeño resalte de la cuneta, y pegó la oreja á la tierra lisa, aguardando. Dos veces saltó y se ocultó en la maleza: eran transeuntes, «gente de á caballo», un cura, una pareja á estilo de Portugal, hombre y mujer sobre una misma yegua, apretados, contentos. La tarde caía, el rocío enfriaba y escarchaba la hierba, enmudecían los pájaros ó piaban débilmente. Un sordo trueno, lejano, llenó con su mate redoblar el oído del contrabandista. Agil, con la precisión de movimientos del impulsivo, se incorporó, amarró firme el otro cabo á la rama, y se agachó entre el brabádigo espeso. Si se descuida ¡careta! El trueno ya se venía encima, resollante, amenazador. ¡Taaf! *Mansegura* vió distintamente, un segundo, al señorito, su gorra blanca, su rostro guapo, desfigurado por las anteojeras negras... ¡Ahora! pensó. El rostro guapo se tambaleó violentamente, como cabeza de muñeco que se desencola; un alarido se ahogó en la catarata de sangre... Fué instantáneo; el automóvil, loco y sin

guía, corrió á despeñarse por la pendiente, arrastrando á su dueño, á quien el alambre había degollado con la misma prontitud y limpieza que pudiera la mejor navaja de barbería...

Y *Mansegura*, después de cerciorarse de que el señorito quedaba «bien amañado», se entró en el pinar, recobró su escopeta, echó una mirada de dolor y de triunfo á Sendiño, que parecía dormir, y dejando el camino real, se perdió en los montes, por atajos de él conocidos, en la dirección de la frontera portuguesa.

FIN

# ÍNDICE


| | Págs. |
|---|---|
| A manera de prólogo.—La escritora. | 5 |
| La crítica moderna en Francia . . . | 15 |
| La guija. . . . . | 45 |
| La sombra. . . . . | 51 |
| La muerte de la serpentina. . . . . | 55 |
| El pañuelo. . . . . | 59 |
| La sor. . . . . | 65 |
| Saletita.. . . . . | 71 |
| La redada.. . . . . | 79 |
| La feria de Santiago Apóstol. . . . | 87 |
| Cuatro españolas. . . . . | 97 |
| El rival. . . . . | 107 |
| Accidente.. . . . . | 117 |
| El destino.. . . . . | 125 |
| La paloma azul.. . . . . | 133 |
| Los adorantes. . . . . | 141 |
| Curado. . . . . | 151 |
| El depósito. . . . . | 159 |
| El alambre. . . . . | 169 |

# Oro Viejo y Oro Nuevo

---

Biblioteca de los autores más famosos de España.—Esta Casa Editorial, deseando proporcionar á los mercados, y principalmente de América, los frutos mejor sazonados del ingenio español, y con la aspiración de contrarrestar el pernicioso influjo que en nuestros hermanos de allende los mares ejercen las pésimas traducciones de editores sin conciencia ni gusto literarios, ha comenzado la publicación de esta Biblioteca, en

la que figuran los nombres de todos los esclarecidos literatos que han dado y dan á la patria el preminente lugar que ocupa, intelectualmente, en el mundo entero, como compensación sin duda á otras desdichas irremediables. De la calidad de las firmas que avaloran esta Biblioteca, puede juzgarse por la siguiente relación:

**I. Emilio Castelar.—El socialismo y los socialistas**

Obra qne parece escrita en los momentos presentes y en la que se estudia de manera tan magistral como amena el gran problema que tanto preocupa á todas las naciones.

**II. Juan Valera.—La pendiente**

Poder ofrecer al público una producción inédita; poder saborear un esbozo

de novela, completamente nueva, del gran autor de *Pepita Jiménez*, constituye un suculento manjar para paladares delicados Esta Casa se muestra orgullosa por ofrecerle tan exquisito.

### III. José Zorrilla.—Poesías

El gran poeta, el poeta nacional, el poeta por excelencia, brillará eternamente con los fulgores de su ingenio, sin que puedan eclipsarle modas ni tendencias nuevas. Sus poesías serán inmortales como su fama.

### IV. Don Ramón de la Cruz.—Sainetes desconocidos (primera serie)

Constituye este tomo una verdadera joya, cuyo hallazgo es debido á la casualidad. El incomparable sainetero dejó al morir un tesoro inédito que fué á

parar al archivo municipal de Madrid, donde ha dormido durante largos años, y hora es ya de que se popularicen, como todos los demás sainetes que constituyen un monumento dentro de la literatura teatral.

### V. José Echegaray.—Muestras

La figura de Echegaray no necesita elogios ni comentarios. Baste decir que en este tomo los admiradores de nuestro gran hombre podrán apreciar una vez más lo que éste vale como cuentista, poeta lírico, autor dramático, hombre de ciencia y político.

### VI. Santiago Rusiñol.—Desde el Molino

Es una de las obras maestras del incomparable maestro en letras y artes,

cuya fama, traspasando las fronteras, repercute en España como un himno de gloria. Santiago Rusiñol, ya maneje la pluma ya los pinceles, es una de las personalidades contemporáneas de más brillo.

## VII. El Duque de Rivas.—Romances históricos

Gloria del Parnaso español, el egregio autor de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, no es tan popular entre nuestra generación como de justicia. Sus romances históricos son modelos de incomparable belleza, y á popularizarlos tiende este volumen.

## VIII. José Zahonero.—Fray Muñeira

El delicado, exquisito y por todo extremo ameno Pepe Zahonero, figura en

esta colección con sus más ingeniosas producciones, rebosantes de ternura y pletóricas de sentimientos generosos.

## IX. Antonio Cánovas del Castillo.—El Teatro Español

La figura de Cánovas será siempre de primera magnitud en el mundo intelectual, por cuanto su talento enciclopédico se demostró en todas las manifestaciones de su vida, acabada trágicamente. *El Teatro Español* es acaso el mejor trabajo histórico-literario de Cánovas, ante el cual ha tenido que rendirse la crítica imparcial y desapasionada, dando una tregua á los apasionamientos políticos que como hombre de Estado pudo inspirar su celebérrimo autor.

## X. Emilia Pardo Bazán.—Lecciones de Literatura

La magnitud y extensión de su fama, que envidiarían muchos hombres ilustres, es un timbre de gloria para su sexo. De maestra de maestros puede ser calificada, y sus lecciones darán mucho que aprender aún á los más instruídos. Su nombre, como sus escritos, han recorrido todas las partes del mundo, atrayendo el aplauso y la admiración generales, por lo cual no es dudoso augurar á este nuevo volumen suyo, éxito grandioso y merecido.

## XI. Jacinto Verdaguer.—La Atlántida

El inmenso, el portentoso vate catalán, cuyas estrofas merecen esculpirse en letras de oro, no es tan popular como

debiera, por haberse publicado poco sus sorprendentes producciones en otro idioma que el en que aquél las concibió. A disminuir esta injusticia tiende esta edición castellana de *La Atlántida*, el gran poema ponderado por todos y de pocos conocido, debiendo tributarse también un entusiasta aplauso al ilustre literato D. Melchor de Palau, á cuyo talento, conocimiento del catalán y amor y reverencia por Verdaguer, se debe la hermosa traducción que ofrecemos.

## XII. Manuel del Palacio.—En serio y en broma

Es una de las figuras más simpáticas, queridas y populares de la literatura contemporánea. Su lira tiene todos los registros y su genio todos los matices, no sabiendo en realidad que admirarse más en su fecunda obra, si las grandiosidades de su inspiración en los asuntos

serios y graves, ó la chispeante picardía y el ingenio soberano que derrocha en sus trabajos frívolos y pequeños. En este tomo el lector podrá encontrar ambas manifestaciones en cantidad sorprendente y de valor inapreciable.

---

## EN PREPARACIÓN

En esta colección figurarán originales de Pompeyo Gener, Ossorio y Bernard, P. Jerónimo Feijoo, con prólogo de Pi y Margall, D. Ramón de la Cruz (*segunda serie*), Eugenio Sellés, Moreno Godino, Mélida, Campoamor, Balaguer, Patricio de la Escosura, *Fígaro,* Donoso Cortés, etc. etc.

---

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 26 05 10 001 8